



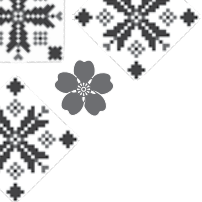
## CAPÍTULO CERO

# PUNTO DE LLEGADA

BOSTON, 2019

**H**abían pasado tres años luego de su salida imprevista del Boston Times. Para Alma Parsehyan la vida había sido muy diferente en ese último tiempo. Había navegado muchas horas en las que añoraba sus rutinas de redacción. Al principio, se había sentido sin rumbo, ni meta, ni horizonte. Se había replanteado su decisión de renunciar al periódico donde había pasado dieciocho años de su vida. De la noche a la mañana, levantarse con el despertador, darse un baño para despabilarse, secarse el cabello mientras revisaba las noticias de último momento, ya no funcionaban como la cuota necesaria de adrenalina para comenzar cada día.

Su motor ahora anidaba en otro lugar. Dentro de ella misma. Más cerca de su corazón. En esta nueva vida, circulaba



sin maquillaje, con el pelo recogido en una coleta alta, jeans, camiseta suelta y calzado deportivo. Todos los días la demandaban por igual. Lunes, martes, domingos o feriados. Caminaba una hora por reloj al terminar el desayuno, y después se sentaba a teclear. En su casa. En su silencio. En su computadora, con una jarra de agua y varios cafés.

No hubiera querido distraerse de su nuevo trabajo de escritora. Sin embargo, la aparición de un mensaje inesperado de Lucciano en su teléfono, la obligó a suspender unas horas la disciplina que requería el texto. Su excompañero del Boston Times pedía verla. Lo pensó un rato. Se dio una tregua. Si el ser más cerebral y pasional del planeta acudía de nuevo a ella, algo importante debía ocurrir. La intriga, y también su pasión, pudieron más. Tal vez tendrían una segunda oportunidad. O una tercera. Había perdido la cuenta de sus peleas y reconciliaciones.

Alma aceptó y preparó una picada con frutos de mar para recibirlo. Perfumó la casa con velas de canela. Su excompañero del Boston Times tocó timbre puntual, a las siete.

Frente al espejo del elevador, Alma acomodó el escote de la blusa con botones. De su muñeca derecha colgaba una fina cadena con dos dijes, las letras armenias **U.&U.** Las dos *A* con las que se identificaba, su sello, Alma Armenia. Respiró. Dio un paso hacia adelante. Abrió la puerta de entrada y se paró en puntas de pie para rozar el metro ochenta y cinco de Lucciano. Le dio un beso junto a la boca. Sonrieron con ternura.

Lucciano la examinaba detrás de un *pinot noir* y una caja de bombones. La abrazó como pudo con todo ese bagaje en sus manos y ella se dejó abrazar. Se quedaron pegados. Fundidos



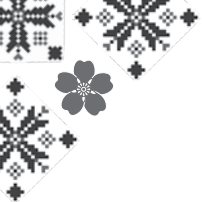
en ese círculo de espaldas anhelantes. Los malos recuerdos desaparecieron. Volvió a ella su olor. Su piel que le ofrecía notas de madera y jabón. Entraron juntos al ascensor. Se observaron en el cristal. Todavía formaban una linda pareja.

Dentro del apartamento, Lucciano se sentó en el sofá mientras completaba una indagatoria por la sala. Apuntaba qué muebles había cambiado de lugar y preguntaba por otros nuevos, como si pudiera rendir detalle de su memoria. Como si quisiera manifestarle todo lo que recordaba de ellos dos. Señaló las láminas de Henri Matisse. Tal vez esas piezas confeccionadas con papel y tijera pudieran contar el secreto de Alma. En especial *Blue Nude*, una composición surgida de restos de papel de seda. Aislados componían nada. Juntos, todo. ¿Esa mujer nacida de despojos que se unían en armonía simbolizaba la confluencia de todas las mujeres que habitaban en Alma?

La dueña de casa intentó camuflar el vórtice en su estómago. Se puso de pie, caminó hasta la cocina y mientras Lucciano buscaba un destapador, sus cuerpos se rozaron. Él se movía con la confianza de quien conoce el terreno de la piel propia y ajena. Esa percepción liberó a Alma, que de inmediato requirió su boca. Sin embargo, Lucciano apartó sus labios tensos.

—Estoy en crisis con Melanie. Hace un par de semanas que no convivimos. Alma, nunca dejé de pensar en nosotros. Por ti he vivido circunstancias que jamás me había planteado —expulsó. Alma trató de pensar mientras escuchaba su relato—. Después de dos años de novios, cinco de matrimonio y un hijo, quiero hacer las cosas bien —concluyó.

No le gustó la confesión. Sin embargo, eligió tomar el



justificativo como tiempo a favor. En pocos días, él regresaría a su sofá. Era bueno que hubiera ido a contarle. Jamás pensó que se separaría de Melanie. Y sabía que había arriesgado mucho por ella. Que había puesto en juego su vida y la de su familia. Lucciano y su clan. Lucciano y su círculo acomodado de relaciones a medida. Alma y Lucciano. Sus galaxias incompatibles e imantadas. No iba a discutirlo. No otra vez.

Lo dejó que hablara. Que soltara esa vibración que escondía cada músculo de su espalda triangular. Vivía una crisis con Melanie, quería hacer las cosas bien, pero pisaba su casa...

A esa altura, la batalla parecía ganada. Pasara algo o no esa noche, solo debía esperar. Se relajó y lo invitó al sofá. Hablaron en continuado como desde el día en que se conocieron. Como si las marcas del tiempo no los hubieran desconfigurado.

Después de varias horas, habían bebido unas cuantas copas. La caja de bombones vacía acusaba la madrugada y Lucciano demoraba la partida. El vino había aplacado su excitación. Se levantó en cámara lenta para estirar el adiós. Por su espalda corría un sudor helado. La camiseta azul transpiraba deseo. Sus cuerpos a milímetros, tibios. Sus labios que luchaban para cortar un forcejeo con las vísceras.

Alma abrió la puerta del apartamento como quien destraba la jaula de un pájaro. Le dio un beso en el lunar bajo su pómulo izquierdo. Lucciano caminó tres pasos. Giró antes de subir al automóvil. Su perfume todavía impregnaba las mejillas de Alma y un rato después, su aroma de cacao desembarcaba en la almohada de ella.



Luego de varios días sin noticias, Alma trataba de concentrarse para no apartarse del ritmo de escritura de su novela. Mientras se esforzaba por cumplir con los plazos que le demandaba la editorial, miraba el teléfono como si pudiera hacerlo sonar. Como si pudiera, por arte de magia, crear un mensaje de Lucciano.

Pasaron tres semanas. La ausencia le devolvió lo más amargo de sus caminos. Los lugares oscuros que habían atravesado. Las despedidas. Los finales anunciados. Entonces, se decidió y le envió un mensaje. Como no obtuvo respuesta, insistió a la semana siguiente. Parecía que la tierra se lo había devorado. Se enfureció. Averiguó con Lisa. Lucciano se había mudado a un nuevo vecindario en las afueras de Boston. Pasó otro mes y Alma lo llamó por teléfono. Necesitaba escucharlo de su boca. Fue directa como cuando buscaba que el entrevistado declarara una primicia.

—¿Te arreglaste con Melanie o me vas a desmentir? —lanzó.

—Sí, Alma. Pero no puedo deshacerme de las dudas. Muchas dudas.

—¿Qué significa eso? —Alma no podía con su bronca y no jugaba a ser periodista. No ahora.

—Quiero hacer muchas cosas. Proyectar mi vida. Intento analizar cómo salir de esta crisis. Vivo en medio de un lío grande, Alma.

—Formaste parte de la etapa más difícil y más linda de mi vida. ¿Por qué viniste a mi casa si no pensabas volver?

—Nunca quise lastimarte, Alma. Sabes que jamás podría. Te



pido perdón. Sé que tal vez no te alcance. Pero es lo más sincero que tengo para decirte. Perdón Alma. Perdón.

Lucciano sonaba triste. Algunas verdades podían herir mucho más que cualquier mentira.

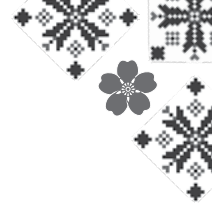


WATERTOWN. 24 DE ABRIL, 2020

Al fin se había publicado su primera novela. La criatura de papel parecía haber derivado de Lucciano, su amor prohibido. Alma sonrió a medias. Sería imposible que su excompañero del periódico se hubiera acercado esa noche a la Iglesia Apostólica Armenia Surp Stepanos, de Watertown, para la presentación de la obra. La rodeaban sus excompañeros del Boston Times. Cuánto los había extrañado. Imágenes salteadas de su vida. Miraba la película hacia atrás.

Al volver de Armenia, Alma había firmado contrato con una editorial para narrar los meses que pasó presa en el Cáucaso. Bajar la información, su detención y su crisis había significado un desafío. Un proceso personal duro y largo. Se había obligado a sobrevivir para contarlo. ¿Por qué había decidido conocer Armenia? ¿Por qué había subido a ese helicóptero militar con Hrant Torosyan? ¿Por qué había aceptado su invitación para volar a Artsaj?

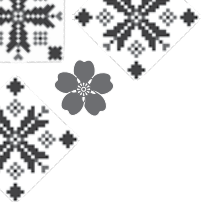
Las cicatrices por llevar apellido armenio aún sulfuraban. Perduraba a su alrededor la fuerza que había debido buscar para no caer ante sus guardiacárceles. Esos rastros que dibujaban su



ADN. Los dolores de cabeza, de pómulos, de mandíbula y de oídos. ¿Podría olvidar? ¿Amar después de haber enfrentado el terror? ¿Evitar creer que había muerto cuando le quedaba un hilo de aliento? De su abuelo, Karnig Parsehyan, había aprendido. Y también de cada armenio sobreviviente en la diáspora. Ellos habían callado en 1915. Pero ella hoy tenía voz para contar.

Terminó de hablar. Se encendieron las luces del auditorio. La gente aplaudía y Alma los aplaudía a ellos. Reconocía esos rostros de los mayores, tan parecidos a sus abuelos. La llevaban a un punto de quiebre. Bajó la vista. Apretó los labios. Aguantó para que la emoción no se le escapara en un llanto catártico por la boca. Entre esos rostros se intercalaban sus excompañeros periodistas, diagramadores y fotógrafos. Colegas de tantos años que la miraban. Igual que Lisa Jones. Su amiga lloraba y había asentido con la cabeza a cada palabra dicha por Alma en la presentación. Lisa buscaba transmitirle serenidad. Movía las manos abiertas con las palmas hacia abajo como siempre cuando se reunían a charlar. Le repetía que confiara. Que todo se acomodaría.

Lisa seguía como editora en la redacción. Durante dieciocho años habían sido compañeras. Las habían tomado como cronistas en el Boston Times. Habían estrenado amores. Se habían desengañado. Habían peleado, debatido y llorado. Habían aprendido a poner límites a sus jefes. A hacer valer su profesionalismo y el género. Sin embargo, había cosas simples que Alma aún no podía entender. ¿Por qué ella seguía sola? Tenía la ilusión de que todo fluiría a partir de aquella noche. La presentación de su libro podría marcar un punto de inflexión. Ese



volumen terminaría de cerrar las heridas. Las constantes dudas sobre Lucciano. Su corazón quedaría libre, al fin. Se calmaría como se aquietan las olas en un lago donde cae una piedra. Podría llevarle tiempo, pero el momento de reconocer su reflejo limpio en el estanque llegaría.

En ese instante, contenía la emoción junto a la cubierta de su libro. Seguía nerviosa. Trató de razonar para tranquilizarse: si Lucciano se encontraba en la sala, y si ella se había transformado en una mujer más madura y serena, ¿por qué le importaría tanto?

Una fila de personas sostenía la novela para que se la autografiara. Se concentró en dejar los fantasmas afuera y disfrutar. Buscó en su bolso la pluma. Se autorreprochó cierta vanidad, pero prefirió incluirla como parte del cierre de la historia. Esa Montblanc, que ahora sostenía para firmar, había sido un regalo de Lucciano. A cada lector, Alma preguntaba su nombre y le obsequiaba una dedicatoria especial.

De pronto, se chocó con unas manos que le cortaron el aire. Percibió el torso elevado sobre la mesa adornada con nomeolvides frescas. Conocía esa piel encerada. Los dedos largos y delgados. No se animó a levantar la vista. Sintió un rubor repentino. Arqueó los ojos verdes que acentuados por el delineador negro esfumado. Lucciano la observaba fijo. Sus ojos carbón parecían atrapar el rostro de ella, su nariz recta, su boca pequeña pintada de frambuesa. Temió que se escuchara su taquicardia. Le pareció que toda la sala los miraba como en la redacción, cuando se sentía en evidencia atraída por ese hombre contraindicado. Ese compañero bastante más joven que ella, casado, y muy hábil para los negocios. Un mareo amenazó con tumbarla. Tomó aire





y dejó que una cortina imaginaria cayera entre él y ella. Sonrió como si acabara de conocerlo.

–Buenas noches, ¿tu nombre es...?

–Lucciano.

Él acercó su mano derecha hacia el rostro pálido de Alma. Sus dedos finos apenas rozaron su mejilla. En su piel de porcelana flotaba una pestaña. Lucciano la retiró dócil y despertó una llamarada.

–¿Firmarías un libro para mí, Alma? –preguntó sin quitarle los ojos de encima.

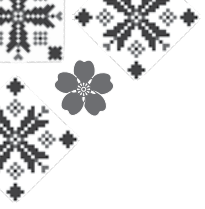
La sombra de su cuerpo se proyectó sobre la primera hoja en blanco. La camisa almidonada contrastaba con su piel morena. Lucciano que siempre inclinaba la balanza a su favor. Alma sintió su intensidad en la cabellera larga y castaña. Sus ondas caían hacia las primeras páginas. Entre sus manos rodaba el bolígrafo de platino. No sabía si enfadarse, ignorarlo o tomar su presencia como halago. En palabras de él: “Quien se enoja, pierde”. Sin embargo, debía reconocer algo. Le gustara o no, Lucciano había formado parte de ese camino al origen. Conocerlo. Perderlo. Reencontrarlo. La había alumbrado para buscar dentro de ella. Lucciano, ese haz de luz inasible, la había rescatado en muchos sentidos.

Destapó con media sonrisa su Montblanc. Alma escribió en la primera hoja.

*Para Lucciano,*

*¿Quién distingue ficción de la realidad  
cuando de amor se trata?*

*Alma.*



Luego de la firma de ejemplares, salieron con Lisa y varios amigos a cenar. Esa noche, 24 de abril de 2020, además del nacimiento de su obra, Alma cumplía cuarenta y cinco años, pero también se recordaban ciento cinco años del Genocidio Armenio.



BOSTON. 25 DE ABRIL, 2020

A pesar de sus eternas preguntas, todo había salido muy bien. Solo la presencia de Lucciano le había sido extraña. Ya de madrugada, sentada en la cama, alisaba su cabellera con el cepillo de abuela Teter. El pelo le había crecido mucho y poder cepillarlo le daba doble felicidad. Necesitaba dormir. Apagó la lámpara.

A los cinco minutos, escuchó un sonido en el teléfono. Estiró la mano a oscuras. La pantalla iluminó su rostro cansado. Lucciano pedía verla urgente. Deslizó el dedo y eliminó el mensaje. Caminó hacia la sala. Guardó el celular en la gaveta de la cómoda. Volvió al dormitorio. Hizo varios ciclos de respiración.

En la mitad de la noche, las imágenes del cautiverio la despertaron. Las paredes de la celda le caían encima. Gritó. Se incorporó. Se cambió la camiseta transpirada. Contó hasta diez. Encendió la luz. Tomó la silla que reposaba frente al espejo del vestidor. La arrastró y la ubicó de frente a la cama. Se sentó con la espalda recta. Apoyó la punta de los pies sobre



la manta lila bordada. Clavó la vista en ese cuadrilátero. Sus ojos interrogaron las sábanas deshechas. Las almohadas pegadas como si se buscaran. La forma de un cuerpo ausente. Un remolino sobre el colchón. Faltaba un perfil delineado. Una espalda triangular.

Se volvió a acostar. Apagó la luz. Intentó dormir.



## CAPÍTULO UNO

# CORAZÓN DE AJEDREZ

WATERTOWN. 23 DE ABRIL, 1983

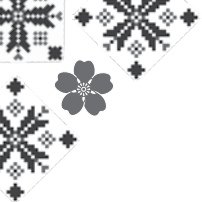
A las siete de la mañana del sábado, abuela Teter entró con el desayuno a la habitación de Alma. Trató de no hacer ruido. Apoyó la bandeja sobre el edredón de *patchwork*. Lo había hecho con retazos que pedía a los sastres del vecindario. Emocionada, miraba a su nieta. Era la previa del cumpleaños número ocho de Alma.

Hundida entre las almohadas de algodón, la niña bostezó largo. Un rayo de luz iluminó sus rizos de muñeca. Las pecas doradas competían con su cabellera castaña. La ropa de cama olía a lavanda y a primavera. Teter cosechaba las flores de su jardín. Las dejaba en bolsitas de té entre las sábanas. Su secreto para inducir al buen sueño jamás fallaba. Le costó despertar a Alma. Esa niña remolona. Esa niña capricho de su alma.



Cada vez que visitaba a los abuelos, Alma se transportaba a un universo de aromas, especias y sabores. Nada que ver con la casa de papá y mamá o a la de sus compañeros de colegio. La bandeja del desayuno de Teter incluía un vaso de chocolatada, pero en lugar de pan tostado con mantequilla y mermelada, la abuela servía tibio el pan *lavash*. No solo eso. El pan, doblado en cuatro partes iguales, contenía un puñado de pasas de uva en su interior.

No es que el *lavash* viniera de ese modo. Así lo preparaba Teter para Alma. Primero, sobre el mármol limpio, colocaba una montaña saludable de harina. La amasaba con agua y sal. Y luego de un rato de pronunciar esos movimientos constantes y precisos, Teter obtenía esa masa fina y delgada. Podía darle forma de cuadrado o circunferencia. Pero siempre la cocía apoyándola sobre la tapa del horno caliente. Mientras lo preparaba, Teter le contaba a Alma su verdadero origen. En Armenia, y en muchos países de Oriente, el *lavash* recibía su golpe de horno en el *tondir*. Alrededor de ese hoyo cavado en la tierra donde ardían las brasas y el fuego, las mujeres de negro, arrodilladas sobre pequeñas almohadas en el suelo, preparaban la masa junto al calor del *tondir*. El amasado orquestaba una ceremonia mágica y ancestral. Esas mujeres podían pasar horas sin quejarse de dolor alguno. En círculo junto al *tondir*, se repartían las tareas. Primero preparaban el fuego que mantenía a temperatura el horno y luego amasaban en el suelo sobre una fina capa de harina. Las más robustas maniobraban la masa, mientras que dejaban para las más novatas el movimiento de la pala de madera que retiraba el *lavash* crocante de las paredes del horno.



Con semejante historia, esa niña delgada como un alfiler debía comer todo el *lavash* con pasas de uva para fortalecer su peso. A los abuelos les gustaban las personas rellenitas. A las delgadas las veían enfermas. La comida no significaba un tema menor. En casa de los Parsehyan había que terminar el plato sí o sí. Teter notó a Alma dubitativa y le hizo un gesto con las manos abiertas para que comenzara con el desayuno.

–Vamos, *jan* –le dijo “querida” en armenio, insistiéndole para comer–. El *lavash* es poderoso. Tienes que alimentarte. ¿Conoces su leyenda?

–No, abuela –dijo Alma todavía dormida.

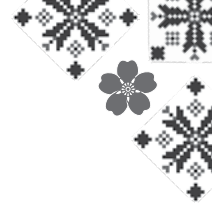
–¿Quieres que te la cuente?

La abuela hablaba con acento armenio. Aunque Alma no tenía muchas ganas de escuchar el cuento del *lavash*, Teter le ponía tanta pasión que la convencía. Si era por ella, hubiera preferido desayunar cupcakes de vainilla y chocolate. Pero ante el rostro serio de la abuela, se restregó los ojos, tomó un sorbo de chocolatada y mientras mordía el *lavash*, asintió con la cabeza. Teter sonrió y comenzó el relato.

–Uno de los antiguos monarcas del Reino de Armenia había sido encarcelado. Para salvarse, sus captores le aseguraron que debía cumplir con dos condiciones. La primera, guardar ayuno durante quince días. La segunda, y en ese estado de debilidad, pelear contra una banda de soldados. Si ganaba quedaría libre.

–¡Imposible, *mez mama!* –era como la llamaba “abuela” en armenio.

–Tranquila, *jan*. El rey aceptó, pero puso una condición: exigió luchar con su propia espada. Entonces, cada día enviaba a



diferentes hombres a su palacio para que le trajeran el arma. Cuando regresaban, él repetía que esa no era su espada. Y los encomendaba de nuevo para que le presentaran otra. Así pasaron dos semanas. ¿Te das cuenta del truco?

—No, abuela...

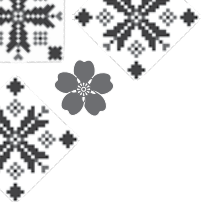
—Dentro de cada espada, sus hombres le traían un trozo de *lavash*. De ese modo el rey logró alimentarse y recuperó fuerzas. Por supuesto que le ganó a los soldados que lo desafiaban y salió en libertad.

—Pero el *lavash* con pasas de uvas no me gusta abuela —sonrió Alma y se le marcaron los hoyuelos.

—Querida, las pasas de uva te darán más energía. Cuando vivían en Aintab, mi abuela Anna se lo preparaba a mi madre Hiripsimé. Como todas las familias del Imperio Otomano cocinaban en el *tondir*. Al poco tiempo empezaron las matanzas contra los armenios. Mis abuelos tuvieron que huir. Hiripsimé era muy pequeña. Pero comía *lavash*.

Alma guardó silencio. Había escuchado en conversaciones familiares que sus abuelos habían pasado una infancia muy dura. Pero cada vez que preguntaba, Teter le recordaba que todavía debía beber el agua macerada con cinco almendras. Se la había dejado la noche anterior. En la mesa de noche la esperaba un vaso cubierto con un plato de porcelana blanca.

—El agua de almendras te aportará magnesio y fósforo, muy necesarios para mantenerte con energía. Además, te dará mejor capacidad para estudiar y aumentará tu memoria. Es esencial si quieres ganarle al ajedrez a tu abuelo. Favorecerá tu capacidad de cálculo y de razonar.



–Abuela, pensé que no estabas tan de acuerdo con que pasáramos todo el día frente al tablero –sonrió Alma.

–Son cuarenta y siete años que llevo con tu abuelo, querida mía. Ya no le discuto –rio con ganas Teter.

–*Mezmama*, por tu mirada creo que quieres que le gane todos los partidos. No te gusta que juguemos, ¡pero quieres que gane!

Las dos se rieron. Se hicieron cosquillas como niñas traviesas. La estela de agua de colonia en el pasillo indicaba que Karnig había salido del baño. Vestía impecable y bajaba al comedor para tomar un café armenio. El *surch*, preparado con molido impalpable en el *yesbe* o jarra de cobre, esperaba en la mesa junto al tablero.

Los pasos de Karnig crujieron en la escalera. De joven, el abuelo debió haber sido muy apuesto. Medía un metro noventa y los pantalones con tiradores le quedaban un poco cortos. La camisa blanca abotonada hasta el cuello realzaba su piel blanca y los ojos color del tiempo.

Después del desayuno y mientras Teter lavaba las tazas, en el comedor solo se escuchaba el tictac del reloj de pared. El péndulo iba y venía dentro de la caja de cristal. Parecía retardar la mañana. Un haz de luz perforó la única ventana. Karnig rozó con la mano izquierda su dama. El gesto indicó peligro para Alma. Los dedos finos y rugosos del abuelo deslizaron la pieza obsidiana en dos escaques. Los ojos verdes del abuelo se afilaron. Las orejas desproporcionadas despegaron del cráneo cubierto por una melena blanca y llovida. Karnig increpó a su nieta con la espalda encorvada sobre el tablero. Se cubrió de sombra el rostro de Alma.





Ella no podía enrocar y su rey quedaba expuesto en el centro. Karnig arqueó las cejas como puentes nevados. Conocía esa expresión de su abuelo. Era sinónimo de reproche. Alma intentó contener la furia por su propia impulsividad, siempre pensando en atacar y nunca en defender. Buscaba subir la apuesta. Pero con un simple jaque doble perdió el caballo que había avanzado en forma temeraria. Apenas entendió que no había posibilidad de continuar con la partida, quiso esconderse tras el matorral de moras que trepaba por la pared del jardín.

—Alma, después de cometer un error, tienes que aprender a serenarte. De lo contrario, lo más probable es que incurras en una falta peor y no te deje chances de seguir. Respira profundo —le aconsejó con voz grave Karnig.

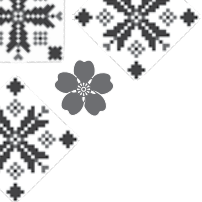
Alma no estaba del todo segura si comprendía las máximas del abuelo. A pesar de su impulsividad, algo en el ceño fruncido del abuelo la hacía intuir que esos consejos siempre le irían a servir.

Quiso empezar otra partida. Acomodó enseguida sus piezas blancas. Pero el abuelo intervino de nuevo.

—*Jan*, no debes acostumbrarte a jugar siempre con el mismo color. Basta de blancas —remarcó con su acento armenio y dio vuelta el tablero.

A pesar del calor que derretía las paredes en Little Armenia, Alma sintió como una ráfaga helada en su piel, el rigor de Karnig.

Desde la cocina, separada del comedor por una arcada, Teter advirtió una gota de sudor que resbalaba por la frente de su nieta. El prisma que rodaba desde la orilla de la vincha rosa se



deslizó hasta las cejas finas. Navegó el perímetro de las mejillas hasta hundirse en los hoyuelos.

La camiseta rosada de Alma hacía juego con la vincha. Teter la había ayudado a abrocharse los tirantes de la bermuda de jean estilo jardinero. Su nieta era una armenia con piel de porcelana. Nadie hubiera dicho en Watertown que Alma aún tenía siete años si no hubiese prestado atención a sus piernas delgadas como palillos, de rodillas huesudas que bailaban bajo la mesa.

Sobre la fórmica peleaban dos ejércitos de piedra. Libraban otra partida de ajedrez y el tiempo se detenía. Los pies de Alma se tambaleaban dentro de los zuecos de Teter. Aunque la abuela protestara, y a la nieta le quedaran grandes, Alma igual se los robaba. Teter actuaba el enojo. No parecía proporcional a su figura menuda que rondaba el metro cincuenta. Los ojos chispeantes color miel y el pelo blanco con matizador azul enmarcaban su tez cetrina.

Alma aseguraba que de grande también usaría zuecos y Teter se derretía de amor. Aunque dejaba que los usara, no negociaba con los patines. Tenía que usarlos sí o sí. Ninguna de sus mone-rías podía convencer a la abuela para transitar el parqué de la sala recién encerado sin esos cuadrados de pañolenci verde.

La transparencia de Alma en los gestos tampoco convencía a Karnig, especialmente cada vez que la batalla sobre el tablero tenía un ritmo más lento y menos apasionado.

Cuando no había riesgo en la partida, Alma perdía la adrenalina y la atención. Era entonces cuando se exponía a riesgos excesivos, con tal de provocar más acción en el tablero. Pero esa cornisa donde caminaba su nieta, hacía enfurecer a Karnig.

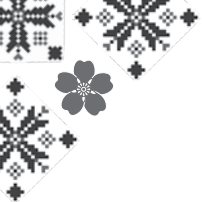


Entonces se concentraba más que nunca en remarcarle el error. El abuelo insistía. Algún día, sus palabras se incorporarían de manera natural a sus manos, más que a su cabeza.

Teter se quedó cerca de los jugadores. Karnig levantaba temperatura y ella aplacaba los bríos de su esposo. Sobre todo cuando su obsesión crecía para transformar a Alma en una profesional. Teter quería quitarle a la niña esa presión. Su vida nada tenía que ver con el pasado de Karnig y su frustrada carrera de ajedrecista.

Para no ponerse más nerviosa, Teter se desató el delantal. Aprovecharía para escaparse unas calles hasta Ararat Bakery. Mañana celebrarían el cumpleaños número ocho de su nieta. Necesitaba asegurarse de provisiones. Cuando detuvieron el juego, le preguntó a Alma si quería acompañarla. En un segundo su nieta estuvo lista. En Ararat Bakery le regalaban dulces armenios bien empalagosos, como el *paklava*, esa masa de hojaldre rellena con nueces picadas y canela, bañada en almíbar.

Hacia finales de los años treinta, una familia armenia había fundado el mercado de Watertown. Ofrecía todos los ingredientes que una mujer armenia debía guardar. En ese templo del paladar, Teter entraba en éxtasis. Se tomaba todo el tiempo del mundo para conversar con otras clientas. Comparaba productos. Hundía la nariz en la pasta de sésamo o tahini, el ingrediente para dar sabor al hummus. También husmeaba la pasta de garbanzos que vendían ya preparada. Y examinaba una por una el tamaño de las aceitunas negras. Teter afilaba los ojos a través de las vitrinas y perdía la mirada a espaldas del mostrador. Allí se extendía un mural del monte



Ararat. Nunca se acostumbraba a la melancolía de esos picos nevados. El Ararat atestiguaba la identidad y las pérdidas. No importaba cuántos días, meses y años marcara el almanaque.

En el año 3000 a.C., cuando la Armenia Histórica se extendía entre el Cáucaso Sur, la meseta iraní y el Asia Menor, ese monte sagrado pertenecía a los armenios. En el siglo xv, el Imperio Otomano tomó el poder de la Anatolia. Al tiempo, el nuevo estado musulmán estableció que las minorías pagaran más impuestos. Los armenios, que profesaban la religión cristiana, quedaron bajo esta regla que venía acompañada de la disminución de sus derechos como ciudadanos. Hacia 1890, los armenios comenzaron a exigir igualdad y baja de impuestos para su pueblo. El sultán Abdul Hamid II mandó a eliminarlos. Fue la antesala del Genocidio.

Frente a ese mural, abuela Teter contaba a Alma que el Ararat era una ironía del destino. Embellecía la frontera de Armenia, pero quedaba del lado turco. Ese Monte no era cualquier monte. Menos para un armenio. Tras el Diluvio Universal, Noé había posado su barca en el Ararat, y las excavaciones arqueológicas habían hallado piezas de madera que reafirmarían la teoría. Mientras tanto, desde casi toda Armenia se podían ver sus cumbres nevadas. En especial desde su capital, Ereván.

—Abuela, ¿por qué no vas? —preguntó Alma. Y el rostro de Teter se ensombrecía como cada vez que le hacía esa pregunta casi imposible de responder. Por más que ella y su esposo lloraran, jamás se lo habían planteado. Esa porción de tierra al otro lado del Cáucaso, la Armenia Oriental, formaba parte de la Unión Soviética. Un secreto rondaba esa parte de la

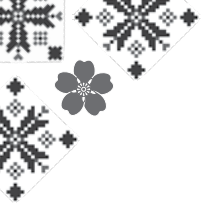


historia. Silencio por las heridas. Silencio por las separaciones de la familia.

Parte de los Parsehyan vivía en esa Armenia Oriental. Pero la única que se había atrevido a viajar había sido tía Ani. La hija menor de Teter y hermana de Sarkis acababa de regresar de su luna de miel. Con mucho recelo de sus padres, tía Ani también había volado a la “Armenia Occidental”, es decir a Turquía. En el aeropuerto de Estambul se anunciaban los vuelos hacia Gaziantab, como los turcos habían rebautizado a Aintab. A tía Ani le había corrido frío por la espalda cuando los oficiales de aduana le preguntaron por su origen. Aprovechó una confusión, la miraron mal, pero la dejaron abordar.

En cualquier caso, Ararat Bakery funcionaba para Teter como una ruta hacia su corazón. Evocar Armenia sin viajar. Eso hacía cuando olía el *basterma*, elaborado con carne de vaca ahumada curada en sal y untada con *chemen*. Ese aroma intenso se pegaba al cabello, a la ropa, a las manos, también manchadas con el pimentón rojo. Todos sabían que venía de revolver mercadería en Ararat Bakery. Sobre todo Karnig, que miraba el reloj y se impacientaba con la hora del almuerzo.

Para entretenerlo, Teter llevaba variedad de nueces y frutas secas. Pedía medio kilo de pasas de uva y otro tanto de orejones de albaricoques, poderoso antioxidante, rico en hierro, fibra y potasio. El abuelo los consumía entre comida y comida. Teter también llevaba para él las semillas de girasol. Aseguraba que el zinc que contenían favorecía el crecimiento del cabello. En la casa de la familia Parsehyan, siempre estaban junto al tablero de ajedrez. Según Teter también calmaban la ansiedad de los



jugadores. Las partidas se volvían más extensas y sagaces. Para regocijo de los espectadores y de ella, aunque jamás lo aceptase.

A la vuelta del mercado, la nieta retomó la partida. Teter apresuraba el almuerzo, y una distracción del abuelo hizo que la pequeña pudiera conseguir la ventaja de una torre. Sin embargo, un descuido, en los que a veces incurría por una desmedida adrenalina, le hizo perder toda su ventaja y la partida terminó en “tablas”, algunas jugadas después.

Alma se restregó la nariz. Los ojos verdes titilaron como si en un parpadeo pudieran encender todas las estrellas. Idénticos a los de Karnig, y mucho más cuando se enojaba. Volvió a fruncir el ceño. Se tomó con las manos la cabeza. Levantó la mirada.

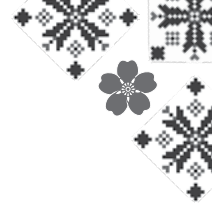
—La próxima vez no me va a pasar. Con menos ventaja todavía te voy a ganar.

Los ojos de Karnig se encendieron de rabia y de felicidad. No le gustaba que la nieta se equivocara. Menos que lo provocase. Pero amaba esa espontaneidad. La actitud desafiante de la pequeña. Algún día, su niña iba a convertirse en una Gran Maestra.

Aprovechó que Teter continuaba ocupadísima en la cocina.

—*Jan*, jamás debes perder la concentración ni mucho menos festejar una victoria antes de tiempo. La partida termina cuando el rival estrecha su mano en señal de rendición. Antes de eso, cualquier cosa, hasta la más impensable, puede suceder.

Junto al horno, Teter desarrollaba su propio juego. Oscilaba entre la encimera de mármol y los fuegos. Abuelo y nieta estaban acostumbrados a esa tentación de aromas mientras craneaban. El ambiente se impregnaba de comino y de un vaho

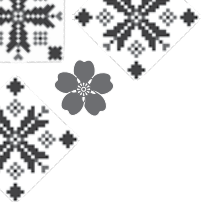


agridulce de carne recién pasada por la picadora. La abuela daba vueltas la manija con toda su alegría y energía. En segundos aparecían por la boca de esa máquina, los hilos finos de lomo. La carne se introducía cortada en dados de dos centímetros por una cavidad superior. Una vez picada, Teter volcaba la mezcla en una palangana azul. Le añadía extracto de tomate, trigo remojado, cebolla y morrón. Todo recién picado. Mientras pensaba las jugadas, Alma lloraba con el ácido de la cebolla y su cabello llevaba el perfume de la mezcla por más vincha que luciera. Mientras movía sus piezas y estudiaba a Karnig, tomaba el tiempo para el siguiente paso de Teter.

La abuela acomodaba las hojas de parra verde oliva sobre la mesa de la cocina. Las extendía bien. Las guardaba en recipientes de vidrio ordenados en varias filas en el refrigerador. Conservadas en salmuera, las hojas de parra en gran stock apabullaban a cualquiera que lo abriera. En casa de los abuelos la comida, como los olores y sabores, ocupaba todos los rincones.

En cada hoja de parra Teter colocaba un puñado del relleno de carne molida. Enrollaba cada una al mismo tiempo que doblaba hacia adentro y hacia el centro los laterales. Formaba un arrollado o “dedito”. Todos debían quedar “del mismo tamaño y bien parejos”.

Mientras tanto, el abuelo y su nieta acomodaron las piezas lentamente, una vez más. Una batalla se anunciaba sobre el tablero mientras que otra se libraba en la cocina. Teter acomodaba los *sarma* dentro de la cacerola justo cuando el abuelo movió su peón alfil planteando una “defensa siciliana”. Uno al lado del otro y en el fondo de la cacerola los arrollados formaban un sol



con sus rayos, mientras en los trebejos un esquema de enroques opuestos dictaba que se trataría de una partida a todo o nada. Teter ya sumaba varias capas hasta completar la mitad del recipiente cuando Alma sacrificó su segunda pieza por un ataque muy fuerte contra el rey cada vez más tambaleante de Karnig. El abuelo resignó el contrajuego e intentó como pudo reagrupar sus fuerzas para contener la agresión. Teter cubría con agua y limón exprimido todos los *sarma* mientras Alma sacrificaba su tercera pieza para desviar la torre defensora de Karnig hasta que consiguió un jaque mate imparable en dos jugadas. Era la segunda vez que Alma le ganaba a su abuelo. Los ataques de la niña resultaban cada vez más consistentes y la presión que ejercía sobre el estilo armonioso de su abuelo crecía día a día.

Con los *sarma* listos en la olla, y antes de encender el fuego suave, Teter arrancó una cabeza de ajo de la ristra colgada en la arcada de la cocina. La ristra cumplía varias funciones en esa casa. Primero y fundamental, combatía el mal de ojo. Y además, su presencia repelía a los mosquitos y a cualquier tipo de virus. Ese vaho formaba parte del hogar y de toda persona que transitara los ambientes Parsehyan.

Teter echó dentro del recipiente el ajo completo y, por último, colocó un plato con otra cacerola con agua, encima de la torre verde oliva. El peso ejercería la presión suficiente para que la estructura no se desarmara, mientras la magia de los fuegos sucedía.

Con ese hechizo en danza, Teter se escapó al patio para recolectar más hojas de parra. El stock en el refrigerador jamás podía bajar. El sol de mediodía brillaba alto y el abuelo se





mostraba inquieto. Teter trepada a la escalera lo alteraba. Se reprochaban uno al otro, pero se cuidaban. Teter estiraba su diminuta silueta hacia la parra. Karnig se enfurecía. De pronto, giró la cabeza y se asomó por la ventana del comedor.

—Mujer, ten cuidado, por favor —y miró incandescente a su nieta—: Tu abuela no va a parar de moverse hasta que pode toda la parra. Así será muy difícil concluir nuestra partida.

El abuelo se secaba la frente con el pañuelo blanco. Cuando discutía con Teter solo hablaban en armenio. Alma apenas captaba palabras sueltas. Sus padres, Lusiné y Sarkis, querían evitar el armenio para su hija. Les había costado mucho insertarse en la escuela porque era lo único que hablaban al entrar a clase, por eso no se lo habían enseñado desde chica. Pero los abuelos Parsehyan pensaban diferente. En la lengua iba la identidad. En su casa todos usaban el armenio, salvo con Alma. Y, aunque les molestara, no podían desobedecer la decisión de Sarkis y Lusiné.

Sin embargo, en las rutinas de ajedrez, las reglas sí las fijaba Karnig. Cuando Alma lo visitaba, rondaban el tablero todo el sábado y la mañana del domingo para volver a la disputa de negras y blancas a la hora del té. Nadie podía contra ellos.

Karnig intentó jugar. No pudo. Se levantó de la silla. Volvió a asomarse por la ventana. Se topó con la parra, peleó inútilmente contra las hojas. Cada primavera esas venas verdes trepaban más sobre la estructura de madera y los cables que la elevaban. La enredadera formaba un techo natural en el patio que competía con los arbustos de moras. Bajo el cuidado de Teter, esos matorrales que tapizaban las medianeras, resistían los inviernos. Como en su Armenia.



Trinó un pájaro. Las hojas de parra se agitaron. Entre ellas sonaba una melodía sencilla y profunda. Abstraída en su mundo, Teter cantaba *Ari Im Sokhag. Ven mi rui señor*, una tradicional canción armenia.

*Ven mi rui señor y sal de tu jardín  
haz que mi hijo se duerma con tu canción  
pero no vengas, canción de cuna,  
cuando mi hijo esté llorando  
quizá él no quiera convertirse en un predicador.*

*Ven, pequeño rui señor,  
deja los campos detrás,  
por favor, hamaca a mi niño  
mientras se duerme.*

*Él está llorando,  
mi pequeño rui señor,  
mi hijo no quiere convertirse en un predicador.*

*Deja la caza y ven, valiente águila,  
tal vez a mi hijo le gusten tus canciones  
una vez, el águila vino y mi hijo se calmó  
con las canciones patrióticas, ya no lloró...*

Alma preguntó a Karnig qué significaba esa letra. El abuelo hizo un gesto de dolor.

—Es una canción de cuna muy antigua. Un niño no puede



dormir y la madre pide al ruiseñor que lo calme. El ruiseñor no puede tranquilizarlo. Y la madre invoca al águila que trae sus alas para defenderlo.

—No comprendo, abuelo.

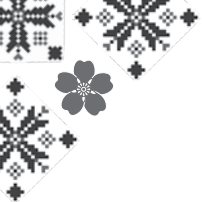
—Alma, el águila está presente en el escudo de Armenia. Nos defiende. La canción habla del sufrimiento de nuestro pueblo. Por eso, ese niño llora y no se duerme.

Karnig permaneció en silencio. Trató de retomar la partida. Pero el canto de Teter lo había llevado a otro lugar. A un punto de la historia en pausa. ¿Qué había sucedido con su papá, Boghos, en Aintab? ¿Cómo había muerto? ¿Por qué los turcos se habían ensañado con terminar con la población de origen armenio?

Alma pensó si esa explicación del abuelo tendría que ver con los veinte kilos de azúcar que guardaba en el ropero. Si se relacionaba con sus pesadillas. Mientras dormía, el abuelo se sentaba en la cama y gritaba: “Ahí vienen los turcos, ahí vienen los turcos”. Teter le había explicado. Se acercaba a su almohada y le pasaba una mano suave por la frente sudorosa, hasta que Karnig se dormía de nuevo.

La abuela tenía un carácter opuesto al del abuelo. Cantaba, cocinaba o bailaba cuando aparecía en la mesa ese compás del pasado del que nadie hablaba. Su rodete blanco brillaba en la parra. La peineta de carey le sumaba un par de centímetros mientras cortaba las hojas tijera en mano y delantal azul. Las acomodaba en la bolsa de tela que colgaba en el tope de la escalera. Parecía su forma de meditación. Su instante de paz.

En medio de la poda, Karnig y Alma buscaron retomar la



partida. Mientras entablaban su lucha, Teter iba y venía del patio a la cocina. Para hacerlo, pasaba por el comedor, pero no les hablaba ni los miraba. Era un acuerdo tácito que nadie desconcentrara a Alma y a Karnig mientras jugaban.

Al cabo de un rato, el aroma a agua con limón y el perfume de las hojas tiernas indicaba que el *sarma* estaba en su punto más tierno. Teter hizo una colección de gestos para que abuelo y nieta despejaran la mesa. La abuela sirvió cada porción. Imposible dejar siquiera un granito de arroz en el plato. De lo contrario, los abuelos se enojarían mucho.

Después del almuerzo, Karnig avisó que se retiraba a dormir la siesta. Pidió que nadie lo interrumpiera, y Alma y Teter aprovecharon para coser en la sala. Alma le enhebraba las agujas o cortaba retazos de las telas. A su derecha, se extendía un mueble de madera donde la radio en la audición armenia acompañaba una colección de discos de pasta y cassettes. Junto a ellos, se apiñaba una torre de papeles con el semanario armenio que Teter traía cada semana de la iglesia Surp Stepanos.

Cuando el sol caía, todavía había tiempo de recolectar algunas moras. La abuela las guardaba para elaborar su aclamado dulce. Los vecinos le pedían la receta y que los convidara, pero Teter se hacía la distraída. Siempre retenía un frasco con ese néctar en el refrigerador, cerca de las hojas de parra y detrás de más envases con conservas de pepino, morrón y berenjenas.

El reloj de pared indicaba que faltaban quince minutos para las cinco. Los hermanos mayores de Karnig tocaron el timbre. Hagop vivía enfrente junto a Ashot. Hagop venía para jugar con Alma.



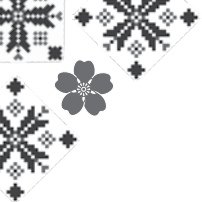
Se largaba otra serie vespertina. Al rato también llegó Ashot con sus hijos y, Mairam y Zevart, las cuñadas de Karnig. Los varones se postulaban a ganador. El salón de la iglesia Surp Stepanos, donde jugaban cada semana, había cerrado por refacciones. Nada impediría que el deporte nacional de Armenia se llevara a cabo. El epicentro del juego se había trasladado a lo de Parsehyan.

Después de la siesta, el abuelo entró a la sala recién acicalado: la camisa celeste, el pantalón claro y los tiradores por debajo de un chaleco de tela sastre. Karnig tomó el pañuelo blanco del bolsillo derecho y se secó la frente. Miró a Alma.

—Vamos, *jan*, les enseñaremos a los tíos quién es mi nieta —sonrió.

La fama de Alma trascendía el barrio. En la Iglesia, todos vivían con inquietud la posibilidad de medirse ante esa niña. Rodeados de trofeos y sentados con las espaldas encorvadas, después de la primavera los mayores al fin conocerían a la nieta Parsehyan. El abuelo no ocultaba su ansiedad por presentarla oficialmente.

Los tíos y tíos abuelos sacaban la mesa con el tablero a la acera. Saludaban a los vecinos, aunque el gesto demandara un esfuerzo de concentración extra. Disfrutaban esa puesta en escena porque el espectáculo estaba asegurado. Las señoras actuaban como público y lucían sus abanicos. Teter se mezclaba entre ellas. Sabía, orgullosa, que ocupaba el lugar de “Primera Dama”. La dupla Karnig–Alma revolucionaba el barrio. Provocaba comentarios. Tío abuelo Hagop se irritaba cuando perdía con Alma. Lo incomodaba que le ganara una persona de



tan corta edad y además... ¡mujer! Tras las partidas, vociferaba palabrones en armenio, pero terminaba por agitar la mano en señal de reconocimiento. El tío Hagop masculaba la rabia y empezaba otra partida con su hijo Yervant que lo dejaba ganar.

A pesar de las rivalidades, toda la familia coincidía en la admiración por Tigran Petrosian que representaba al equipo de la Unión Soviética, aunque el abuelo y la abuela no simpatizaran con ese otro “lado del mundo comunista”. Nadie discutía acerca del ex Campeón Mundial. A pesar de que ya habían transcurrido dos décadas de su época dorada, el brillo de su estilo tan defensivo al punto de lo inverosímil, aún era leyenda. En sus mejores tiempos, Petrosian anticipaba el peligro treinta jugadas antes. Todos admiraban a Mijaíl Tal por su forma única de atacar. Pero Karnig admiraba a Petrosian por su forma única de defender.



Little Armenia, a catorce kilómetros de Boston, ofrecía una vida comercial alrededor de las joyerías. El movimiento de la ciudad semejaba mucho al de Aintab y su clima era agradable, con inviernos no tan crudos.

La familia de Teter había emigrado cerca del 1900. Su mamá Hiripsimé dio a luz en Watertown. La beba, nacida en 1918, selló una nueva vida en América. Por eso Hiripsimé y su marido Barsegh Dicranian la llamaron Teter, “mariposa” en armenio. Hiripsimé murió al poco tiempo del parto. Y la pequeña Teter tuvo que hacer honor a su nombre. Transformar el dolor,



renacer. También tuvo que hacerlo el viudo Barsegh. Y allí estaba su pequeña mariposa para recordárselo.

Barsegh había aprendido de su esposa a trabajar las piedras preciosas. Contaban que, como ella, podía distinguir a simple vista la calidad de una gema. Y su pequeña Teter había heredado esa cualidad. Percibir el brillante en la oscuridad.

Esa confianza la ayudó a aceptar la determinación de su padre. Cuando cumplió dieciséis la comprometieron con un joven armenio a quien jamás había visto. Karnig Parsehyan tenía veintiséis. Había nacido en Aintab en 1908. Cargaba en sus venas la fortuna y la responsabilidad de haber sobrevivido al Genocidio de 1915. Nada de mirar hacia atrás. Él estaba listo para casarse. Y lo hizo cuando su prometida, Teter, cumplió dieciocho. Hubo fiesta en la familia y al tiempo nació Sarkis, el mayor y padre de Alma.



Esa noche, antes de irse a dormir, mientras el abuelo se daba una ducha, Alma entró en la habitación de Teter.

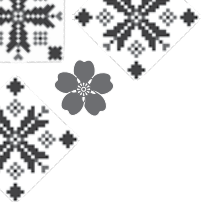
—Abuela, ¿qué sueña el abuelo cuando grita y se despierta?

—El abuelo vuelve a cuando tenía siete años. A su papá, Boghos, lo mataron los turcos y la familia tuvo que huir como todos los armenios.

—¿Cómo mataron los turcos a mi bisabuelo?

—Alma, esas no son cosas para contar a una niña. ¿Sabes qué significa el nombre de tu abuelo?

—Ni idea, abuela.



–Valiente.

–¿Y sabes qué significa el tuyo?

Alma giró la cabeza a izquierda y derecha, en señal de negación.

–Diamante. Alma significa diamante. Viene del armenio, *almasd*. Eres mi pequeño diamante –susurró Teter.

–*Mezmama*, quiero que me cuentes más.

–Cuando llegaron caminando desde Aintab a Alepo se refugiaron en las iglesias. Estaban flaquísimos, sedientos y hambrientos. Al tiempo, a la mamá del abuelo y a su abuela les consiguieron trabajo como cocineras en la casa de un señor árabe. Y al abuelo y a su pequeño hermano Sevag, que tenía cinco años, los dejaron en un orfanato. El señor árabe no podía hacerse cargo de todos.

–Qué tristeza, abuela.

–El abuelo pasó unas semanas y se escapó del orfanato. Salió con Sevag. Corrieron para alejarse. Pero Sevag tropezó en un pozo y los preceptores pudieron atraparlo. Lo llevaron de nuevo a la institución. Eso marcó para siempre el carácter de tu abuelo. Quiso volver a sacar a su hermano del orfanato. Jamás pudo.

–¿Dónde está Sevag?

–Tu tío abuelo Sevag, el menor de los cuatro hermanos, vive en Armenia, con su hijo Jirair y con tus primos.

–¿El abuelo Karnig ve a Sevag? ¿Conversa con su hermano?

Karnig salió del baño. Entró a la habitación con gesto muy serio. Abuela y nieta guardaron silencio. Ambas miraron el tapiz. Siempre lo hacían para disimular y cuando jugaban a encontrar figuras en la obra. El tejido típico armenio colgaba en la





cabecera de las dos camas. Era una alfombra antigua en tonos bordó y ocre con gris, con una cruz con diferentes tipos de S, que en armenio significa Dios. Estos diseños se hacían para mostrar la fe y el origen cristiano de la familia. En el centro de la alfombra también aparecía un dragón. En épocas ancestrales, expresaba el mal, pero también la fuerza. Siempre se creyó que mantener la alfombra colgada como tapiz protegía a la casa. Se consideraba sacrilegio tenderla en el suelo y pisarla. Incluso estaba mal visto que alguien la llevara fuera del hogar.

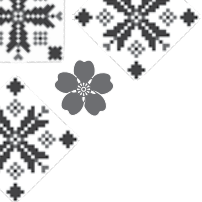
En los dos respaldos de madera había enlazado un rosario de Karnig elaborado con piedras ónix negras y el de Teter con ónix azul. Los había traído Ani de Armenia, a la vuelta de su viaje de bodas.

El abuelo hizo un gesto y tomó la biblia de cubierta de cuero azul y láminas de canto dorado, que descansaba siempre en la mesa de noche. Era de su papá, Boghos. Salió de la habitación sin hablar. Teter hizo un gesto a Alma y le explicó:

—El abuelo trajo esa biblia en un pañuelo atado por las cuatro puntas, su único equipaje cuando se embarcó para América. Es lo único que conserva de su padre. Por eso se toma cinco minutos cada noche para leer un fragmento en el jardín. Es como estar con su papá.



A la hora de irse a la cama, Teter y Karnig aparecieron en el dormitorio de Alma con dos paquetes. Uno dorado y otro plateado. Teter le dijo que abriera el plateado y el dorado lo guar-



dara para la mañana siguiente. Alma adoraba ese ruidito de los papeles que crujían y presagiaban sorpresa. Se encontró con un camisón de algodón celeste con flores verde agua. La falda llegaba a las rodillas y la pechera se ataba con dos tiras en la nuca. Dejaba media espalda al descubierto. Teter la ayudó a ponérselo y atarse las cintas. Alma lucía como una pequeña doncella.

–Abuela, ¿puedo abrir el paquete dorado?

–No, *jan*. Es para mañana. Te voy a peinar, así tu pelo se verá más hermoso cuando despiertes.

La abuela tomó de la cómoda el cepillo de carey. Mientras lo deslizaba con suavidad sobre la cabellera ondeada de su nieta, Alma sostenía el espejo que hacía juego y la miraba en el cristal. Teter tenía una paciencia infinita. Si Alma daba un pequeño chillido ante un nudo inesperado, Teter volvía a pasar el cepillo con más suavidad aún. Ese movimiento sedoso, calmaba a la nieta antes de dormir.

Pero Alma seguía inquieta esa noche. Desde la ventana de su habitación veía a Karnig ordenar y revisar cajas en su taller de joyería, apenas iluminado por una lámpara de pie. Ese pequeño cuarto funcionaba como la guarida del abuelo. Nadie podía entrar allí sin su permiso.

Algunas tardes, cuando él iba a buscar la carne al centro de Watertown y Teter podaba las rosas en el jardín, Alma se había animado a explorarlo. Entraba descalza y de puntillas. Le gustaba pasar un rato entre esas gemas que tenía orden de no tocar. La inquietaba cómo de una roca podían aparecer formas nunca imaginadas. Pero más la intrigaban las cajas grandes que guardaba el abuelo en lo alto del ropero.



De madrugada, cuando todos dormían, Alma se levantaba y veía a Karnig con la cabeza encorvada. Leía y releía unos papeles amarillentos de esas cajas.

Alma insistió con la abuela.

—¿Qué busca el abuelo en las cajas?

Teter hizo un silencio que cambió por una sonrisa dulce.

—Alma, son asuntos del pasado. No hay que mirar hacia atrás.

—¿Por qué? ¿Qué lee el abuelo? —volvió a la carga.

—Él tiene esa rutina. De lo contrario, no se puede dormir.

—¿Y tú qué haces cuando no te puedes dormir?

—Miro fotos.

—Pero dijiste que no había que mirar el pasado, abuela...  
¿Qué fotos miras?

—De nuestra familia, Alma. Algunas de esas fotos vienen en esas cartas que revisa el abuelo. Otras son postales de Armenia.

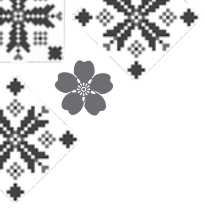
—¿Quién envía esas cartas? ¿Desde dónde y por qué?

—Son cartas que le llegan a tu abuelo desde Armenia. Es muy tarde, Alma. Mañana es tu cumpleaños.

La abuela señaló un pequeño libro junto a la lámpara. En la tapa, un hombre montaba un caballo con las crines voladas y las patas delanteras levantadas en señal de batalla. El guerrero preparaba su espada. En la cubierta dura se leía *Ereván*, también escrito en el alfabeto armenio.

—¿Quién es este señor en la cubierta del libro, abuela?

Es David de Sasún. Su estatua resplandece en Ereván, la capital armenia. Peleó por nuestra tierra, en la Armenia Histórica o Armenia Occidental, de donde fuimos expulsados, y ahora



está Turquía. Dicen que algunos días grises, David de Sasún todavía se dibuja en las nubes de Armenia. Su imagen transmite fuerza a quienes lucharon y a quienes aún hoy lo hacen para defender nuestro suelo.

–Qué linda historia.

–Lo es, Alma.

–Abuela, ¿alguna vez viajaste a Armenia?

–No conozco Armenia, Alma.

–¿Te gustaría ir?

–Es muy largo de explicar...

–Prométeme que algún día me lo contarás, abuela. A mí sí me gustaría ir.

Antes de que Teter pudiese responder, oyeron los pasos de Karnig. La escalera de madera volvía a crujir. Enmudecieron. El abuelo caminaba hacia su habitación. Parecía que hablaba solo. En realidad, estaba recitando los versos de Paruyr Sevak. Alma no comprendía esas palabras, pero conocía la fonética armenia. Karnig nombraba al poeta cada noche. Lo hacía como un mantra mientras se vestía con el pijama.

–¿Qué dicen esos versos, abuela?

Teter tomó un poco del agua de almendras, y tradujo:

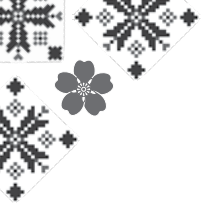
*(...) Me da igual, vendré,  
sea lo que sea, vendré...  
Y te traeré una alegría grande,  
con la realidad de mi vuelta sorpresa,  
con la cabida de tu casa y alma,  
con la duración de tus sueños y vida...*



*Vendré y me haré una sonrisa  
de dicho encuentro,  
Y una sonrisa de creencia  
en tu cara desgastada de tortura,  
hervida de lágrima.  
Incluso si mi espalda es doblada,  
incluso si mi pierna es quemada,  
si mi frente es golpe  
de miles de tormentas,  
me da igual, vendré...  
Dondequiera que sea, vendré,  
desde bajo del suelo vendré,  
desde un planeta lejano, desconocido vendré...  
Vendré y quitaré el polvo de la Vía Láctea  
En tu umbral.*

Sentado al borde de la cama, Karnig completaba el ritual con otro ritual. Tomaba los zapatos que usaría al día siguiente. Los lustraba mientras repasaba el poema. No paraba hasta sacarle brillo a los mocasines. Hasta que reflejaran su rostro con las arrugas talladas.

Sarkis, el papá de Alma, hacía lo mismo. Lustraba los abotinados antes de irse a dormir. Sus habitaciones lejanas y cercanas olían a betún y a recuerdos. Se enarbolaban en el ambiente cada vez que el cepillo de crin iba y venía por el cuero. El movimiento dibujaba un puente entre el pasado y el presente. Aunque nadie contara. Aunque el abuelo ensayara rutinas cada anochecer. Aunque usara los mismos abotinados color café siempre.



–*Mezmama*, ¿por qué el abuelo lustra los zapatos antes de irse a dormir?

–Ay, niña, ¿de dónde viene tanta curiosidad?

–Papá también lo hace –la nieta le tomó la mano y Teter le sostuvo la otra. Con sus dedos entrelazados, la abuela le contó.

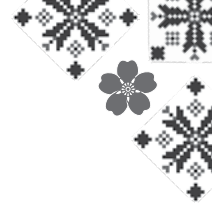
–Tu abuelo aprendió a lustrar zapatos al poco tiempo de llegar a Alepo, en 1915. Eran épocas en las que no tenía dónde dormir ni qué comer. Tenía siete años, como tú esta noche, Alma. Pero él vestía siempre la misma camiseta y bermuda. Los zapatos grandes. No tenía otra ropa. A Karnig se le había ocurrido juntar unos pelos de crin de caballo y fabricar unos cepillos. Se ofrecía como lustrador de botas para poder comer.

–¿Vivía solo el abuelo? ¿Y su familia?

–Después de que a su papá, Boghos, lo mataran los turcos, Serpouhi, la mamá de Karnig y su abuela, Arshaluis, quedaron solas con él y su hermano menor, Sevag. Hagop y Ashod ya estaban en América desde 1910. A Serpouhi y Arshaluis las emplearon como cocineras en la casa de un árabe, y a Karnig y Sevag los enviaron a un orfanato.

–¿El abuelo lloró cuando murió su papá? ¿Cómo hizo para sobrevivir en Alepo?

–Destino, Alma. Destino. Lo haces con tus manos. Él se fabricó unos cepillos de crin. Lustraba y ganaba monedas. Hasta que conoció a un alemán que había tenido problemas con los turcos por defender a los armenios. Muchos armenios usaban máquinas de coser y de talabartería, e incluso hilados, que proveían los alemanes. Se conocían por negocios y cuando



empezaron las matanzas y el Genocidio, el alemán defendió a una familia armenia. Los turcos lo expulsaron.

—¿El alemán ayudó al abuelo?

—El abuelo le lustró las botas y el alemán le arrojó una moneda bien lejos. El abuelo corrió para atraparla. Se tiró al suelo para que el dinero no se le escapara de las manos. El alemán se rio y al segundo día volvió. Pidió de nuevo a ese niño que le lustrara las botas. Para pagarle, el alemán hizo el mismo gesto, pero el abuelo no se inmutó.

—¿Y qué pasó entonces?

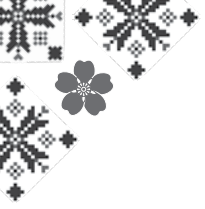
—Como ahora, cuando juega al ajedrez, mantuvo la mente fría. Se levantó del suelo, cargó su cajón de lustrar, caminó y se detuvo junto a la moneda. Se inclinó para levantarla y lo miró al alemán muy serio, sucio como andaba. Después continuó su camino sin volver la vista atrás. Al tercer día, mientras le lustraba las botas, el alemán extrajo del bolsillo de su pantalón un caballo de ajedrez negro. Karnig le dijo: “Jugaba con Boghos, mi papá”, y se echó a llorar.

—¿Qué pasó luego, abuela?

—Al día siguiente, el alemán apareció con un tablero de ajedrez y le pidió al abuelo que lo desafiara. Karnig le ganó. Esta vez el alemán le dio la moneda en la mano. Y regresó cada día con el tablero.

—¿Se hicieron amigos?

—En aquel momento, el alemán tendría la edad de Boghos, tu bisabuelo. Vigilaba como un tutor a Karnig. El abuelo pedía que lo dejaran dormir entre los pasillos del mercado frente a la plaza de Alepo donde había un gran reloj. A un par de



kilómetros de allí, su hermano Sevag, seguía en el orfanato. Cada vez que podía, el abuelo visitaba a su madre, Serpouhi, y a su abuela, Arshaluis, en casa del árabe.

—¿Cómo llegó el abuelo a América?

—Un día fue a visitar a su madre. Ella lloraba. Le entregó dinero para que comprara medio billete de barco. Se lo habían mandado Hagop y Ashod desde Boston.

—¿El abuelo tuvo que dejar a su mamá, a su abuela y a su hermano?

—No había otra forma. El alemán pagó el resto del pasaje. Entendió que Karnig no podía vivir más en ese estado. Arshaluis, tu bisabuela, lo acompañó a la estación para que tomara un tren hasta Beirut. Allí lo esperaba una familia armenia que viajaba a América. Karnig tenía quince años y viajó como un hijo más de esa pareja.

—¿Qué pasó con la familia del abuelo en Alepo?

—Se escribieron cartas con su madre y con su abuela durante mucho tiempo. Pero una mañana, Karnig recibió un sobre de su hermano. Con quince años, había salido del orfanato. En esa carta, Sevag le explicaba que había muerto la abuela y su madre, angustiada, dejó de comer y al mes falleció de pena.

Teter miró a Alma. Por suerte, pensó, se había quedado dormida. Cómo iba a explicarle a su nieta, que su tío abuelo Sevag había llegado a Ereván desde Alepo, con su joven mujer Berjouhi y su hijo Jirair. Como muchas familias armenias de la diáspora, en 1946 habían viajado a la capital de Armenia con la promesa de acceder a tierra y trabajo, y la voluntad de habitar su propio suelo. La esperanza de formar una nación





acrecentaba la gesta patriótica, aun cuando Armenia ya era una de las quince repúblicas socialistas soviéticas. Aun cuando no resultaba nada fácil vivir detrás de la Cortina de Hierro y mucho menos traspasarla. Karnig y Sevag jamás volvieron a verse.

Teter hinchó el pecho. Liberó el aire que la angustiaba. Besó en la frente a Alma. Con una servilleta, tapó el vaso de agua con las cinco almendras. Cubrió a su nieta con la manta de *patchwork*. Apagó la lámpara.

La luna se quedó con Alma.



## CAPÍTULO DOS

# FELIZ CUMPLEAÑOS, ALMA

Teter entró a la habitación. La abuela cantaba suave y dulce el feliz cumpleaños en armenio. *Ierchanig daretarz, ierchanig daretarz, ierchanig, ierchanig, ierchanig daretarz...* Era domingo. 24 de abril. La luz pegó en la pupila izquierda de Alma. Luchaba con el sol omnipresente de las ocho. Teter llevaba la bandeja con la chocolatada y el *lavash*. Alma sonrió y advirtió también la presencia del abuelo. La observaba hipnotizado.

Sostenía una pequeña caja de cartón celeste con ambas manos. Una cinta de raso al tono coronaba el cubo con un moño. Teter depositó la bandeja al borde de la cama. Le dio un beso y un abrazo a Alma.

—Feliz cumpleaños, mi querida.

Karnig se acercó. Dio un toque cariñoso en la cabeza despeinada. Extendió su brazo izquierdo con la caja. Trató de disimular la emoción.



—Felices ocho años, amada nieta.

Alma bostezó con otra sonrisa. Levantó las cejas e intentó adivinar qué contenía ese envase. Ahí dentro seguro no cabían las treinta y dos piezas de un ajedrez, por más que fueran mini, y mucho menos un tablero, por más que fuera mini. Apostaba a que sería ese su regalo de cumpleaños. No era desilusión. Era mayor curiosidad.

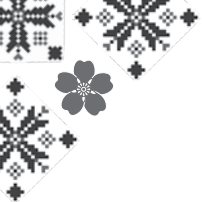
—Vamos, hija, ábrelo —rogaron los abuelos a dúo.

Alma jaló de la cinta que se deslizó entre las sábanas. Retiró la tapa. Brillaba una cadena delgadísima de oro dieciocho quilates. De ella pendían dos dijes, en el mismo oro amarillo. Eran dos *A* en el alfabeto armenio: **U&U**. Su sello, Alma Armenia.

El oro hacía juego con los aretes, unas bolitas de tres milímetros que usaba desde que nació. Se los había regalado el abuelo. El 24 de abril de 1975.

Teter se adelantó para abrochar la cadena en la nuca de su nieta. Lucía más bella aún en su piel blanca. Karnig se sentía muy orgulloso. Bajó la vista para que su esposa y la niña no lo descubrieran lloriquear. El abuelo no mostraba sus sentimientos. Teter se dio cuenta y lo abrazó. Era raro que los abuelos se abrazaran.

Alma saltó de la cama y corrió hacia ellos. Los rodeó con sus brazos larguísimos y delgados. Caminó a los saltos hasta el espejo de la cómoda. Miró su imagen en el tríptico. De frente, de perfil derecho, que no coincidía con el izquierdo que no le gustaba. Protestaba por la punta de la nariz hacia abajo. Se notaba más de ese lado. Aun así, el cristal destacaba su primera alhaja, los delicadísimos dijes **U&U** en su pecho plano.



Voló a la cómoda y abrió el paquete dorado que la esperaba desde la noche anterior. Se sorprendió con un vestido con cintas que se ataban sobre los hombros y una granada, la fruta preferida del abuelo y de Armenia, bordada en rojo y fucsia sobre el top. Todo manufacturado por la abuela. Teter recibía la revista *Burda* todas las semanas. Tomaba los moldes, los apoyaba sobre las telas, cortaba y cosía como una profesional.

—Nos vemos en un rato abajo, Alma. Voy a preparar el ajedrez —avisó Karnig saliendo del dormitorio.

Teter se quedó con la nieta mientras terminaba el *lavash* con las pasas de uva y la chocolatada. Esa mañana tampoco había pan tostado, aunque fuera su cumpleaños. La opción era el dulce casero de moras para sumar al *lavash*.

Al rato, la nieta y Karnig estaban sentados, de nuevo, frente al tablero. Teter se apresuró para ordenar la casa. La quería impecable para el almuerzo, cuando llegaran su hijo y su nuera para celebrar, con más regalos y pastel, el feliz cumpleaños.

Pasó por el comedor sin molestar a Alma y a Karnig, concentrados en la partida. Si alguien en ese momento hubiera gritado “¡Fuego!”, abuelo y nieta ni se hubieran inmutado.

Teter salió al patio y acomodó el carbón bajo la pequeña parrilla armada sobre una encimera de hormigón. Karnig había conseguido la rejilla de hierro. Se apoyaba sobre dos pilas simétricas de ladrillos. Teter variaba la altura para graduar la cocción de las carnes.

La nieta había elegido el menú para el almuerzo de cumpleaños: *shish kebab*, carne asada de cordero cortada en cubos engarzados en unos pinchos de hierro que apoyaban en la parrilla.



En esa brochette de carne, Teter intercalaba trozos de cebolla, pimiento morrón amarillo, verde y rojo y manzanas verdes con cáscara. El aroma del fuego y el ahumado del *shish* invadían los jardines vecinos y así todos se enteraban de que la abuela elaboraba sus manjares.

Un rato antes había preparado el arroz pilaf como guarnición. En una cacerola salteó fideítos cabello de ángel con mucha mantequilla. Le sumó arroz doble, que siguió salteando con la preparación. Había que tener mucha mano y destreza para que no se pegara o quemase. Le sumó almendras para obtener la versión persa. El sol ardía. El reloj de pared iba a dar la una.

Teter armó la mesa en el patio. La parra frondosa aplacaba ese aire pesado que no sabía de su *shish kebab* ni del cumpleaños de Alma. Sobre una tabla grande montada en dos caballetes, la abuela tendió el mantel con puntillas de crochet que había bordado. Después colocó la vajilla de loza blanca, simple, ordenada.

En el centro ubicó el *mezze*, platos como entradas. Para eso decoró la pasta de garbanzos, el hummus, con pimentón y unas hojas de perejil. A su lado colocó la pasta de berenjenas, el *mutabel*. Esta vez no la había comprado en Ararat Bakery. La había elaborado en dos minutos, luego de asar sobre el fuego las berenjenas con su cáscara. Cuando ya el olor había tomado hasta el último rincón de la casa y la piel de las berenjenas se había puesto totalmente negra, las quitó del fuego. Las abrió a la mitad y con una cuchara retiró la pulpa. Condimentó con oliva, menta y comino. Ese domingo también sumó dados de queso armenio, parecido al queso fresco, pero más duro, poroso y salado. Lo intercaló con aceitunas negras embebidas en oliva y



espolvoreadas con pimentón rojo. En la panera, una servilleta blanca envolvió el *lavash* tibio, recién retirado de la parrilla. Todo se comía con el *lavash* y con los dedos. Todo estaba en orden. En el refrigerador aguardaba el *tan*, la bebida de yogur natural y agua. Alma sabía que en casa de los abuelos no podía esperar refrescos. Habría *tan* y no se discutía.

Los aromas se agolparon en la mesa. El crepitar de la carne adobada con especias actuaba como imán. Competía de igual a igual con las piezas de obsidiana negras y blanca en el tablero. Despertaron un alboroto en la nariz y entrañas de Karnig. La partida estaba en su punto culminante, pero con esa nube incontrolable de jugos gástricos no había forma de continuar. El abuelo resopló.

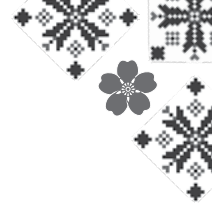
—¿Seguimos después, *jan*? —pidió Karnig a su nieta.

Sonó el timbre. Alma dio un salto de la silla. Miró a su abuelo y contestó:

—Llegaron papá y mamá, ¡te salvó la campana!

Corrió a abrir. Los zuecos retumbaron en el parque. Con cada salto ondulaban los volados del vestido rojo de tirantes y se agitaba el pelo suelto y revuelto. En su cuello de cisne brillaban sus nuevos dijes. Se adelantó para mostrárselos a sus padres cuando abrió la puerta y se mezcló en un abrazo con ellos. Lusiné tambaleó para guardar el equilibrio y la emoción de ver a su hija tan grande y tan bella. Trató de que no se cayera al suelo el pastel que traía en sus manos a pedido de Alma. Grande, redondo y de dos pisos: chocolate con glaseado y relleno con mantequilla de maní.

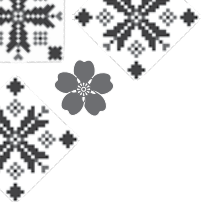
La abuela lo observó con desdén. Ella cocinaba todo tipo



de dulces, pero no pastel de cumpleaños. En casa de Teter y Karnig no existía el molde savarín. Solo asaderas cuadradas donde se cocinaban los dulces orientales. “El pastel circular es un invento estadounidense o francés”, se quejaba Teter. Alma se reía del carácter de la abuela. Lusiné también sonreía. Pero no estaba tan de acuerdo con su suegra. A esta altura, la casa era un desparramo de gritos y alegría. De manera que esas sutiles rivalidades, quedaron en segundo plano.

Luego del almuerzo, el abuelo durmió la siesta. Solo por ese domingo de cumpleaños, el ajedrez pasaba al próximo fin de semana. A las cinco de la tarde, se sumó el resto de los invitados. Hagop y Ashod, los hermanos de Karnig, se parecían mucho al abuelo. Altos, delgados, canosos, ojos claros y tez muy blanca. Llegaron con sus hijos y cuando el abuelo les dio una señal empezaron a tocar. Hagop sopló una flauta hecha con madera de albaricoquero, el *duduk*. Ashod golpeó con sus manos grandes y ágiles el cuero de cabra que formaba el *dhol*, el tambor. Y Yervant, el hijo menor de Hagop, se encargó del *kemancha* con el sonido de un violín muy agudo. Su hermano mayor, Mesrop, hizo sonar un *tahr*, una pequeña guitarra que apoyó en el pecho. Los envolvió su sonido grave y melancólico. Ashod levantó el clima con el tambor. Emitía un sonido atávico y ancestral. Mientras los músicos animaban, Teter empezó a circular con bandejas de dulces. Le encantaba que la adularan y le dijeran lo exquisito que cocinaba. Lusiné hacía caras y todos terminaban riendo.

Tía Ani se encargó de servir el té en hebras. Lo perfumó con clavo de olor y una vez que todos habían bebido y reconfortado, se puso de pie e invitó a Alma al centro de la pista. Sonaba el



*kochari*, la danza guerrera armenia. Yervant tomó una servilleta roja y la agitó en alto con su mano derecha. Empezó a dar pequeños saltos y golpes en el suelo con los pies como una descarga a tierra.

—*¡Iuh, hey, hey!*, *¡Iuh, hey, hey!*—vociferaba mientras se daba valor y energía, como los guerreros para encabezar la danza.

Con el brazo izquierdo hacia abajo tomó por encima la mano derecha de tía Ani. Sus hombros se pegaron. Y el de Yervant por encima de Ani, que a su vez repitió el movimiento con Alma a su izquierda. Tomó con su mano izquierda la derecha de la sobrina. Los tres formaban una masa compacta. Pisaban la tierra sincronizados y emitían ese grito liberador: *¡Kochari!*, *¡kochari!*

Desde la Antigüedad aseguraban que esta danza expulsaba los malos espíritus y despertaba a la Tierra para que diera una buena cosecha. La sonrisa en los rostros, y los pies de todos que se movían en esa sala a la voz de *¡Iuh, hey hey!* *¡Iuh, hey hey!*, no dejaba dudas.

Detrás de Alma, las tías abuelas Mairam y Zevart, esposas de Hagop y Ashod, se sumaron a la ronda. Eran regordetas y de carnes generosas, con las mejillas rosadas, siempre bien adornadas con bijouterie. Teter, en cambio, no se quitaba el delantal. La hilera de bailarines se arqueó hasta que cerraron filas en un círculo perfecto. *¡Kochari, kochari!*, la declamación de coraje y alegría. El silencio que guardaban estas señoras en la cocina no existía cuando sus cuerpos bailaban.

De pronto, las manos se soltaron y dieron paso a otra danza solo para mujeres. Sus cuerpos fluían delicados y sensuales como sirenas. Ani, con sus curvas abundantes comenzó a mover

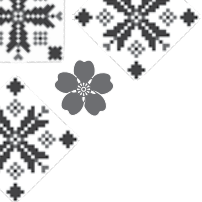




los hombros y el pecho. Esa frecuencia se transmitía al resto del cuerpo y a sus ojos. Los brazos abiertos y extendidos hacia el cielo flameaban de izquierda a derecha, con las manos que embellecían el movimiento. El meñique, el anular y el mayor se unían. Y el pulgar y el índice se juntaban en otro vértice. Formaban una cavidad con la palma. Los giros sobre su eje, la cabeza ladeada, la contorsión del torso sugerente. Ani seducía y guardaba el secreto de la danza armenia: jamás fijar la mirada en el varón.

Alma intentó imitar a su tía. Las damas aprovecharon para lucir sus joyas. Agitaban los brazaletes de donde pendían monedas de oro y plata. Alma hizo un gesto a su madre que no tuvo más remedio que dejar la taza y sumarse a bailar. Teter siguió a su nuera porque, era obvio, ahora que había entrado al círculo, ella no se iba a quedar afuera.

A un costado, Karnig y Sarkis prepararon el narguile. En la parte superior de la pipa, Karnig colocó algunos carbones y el tabaco. Cuando algún conocido viajaba a la Anatolia —no quería nombrar Turquía— se hacía traer esa variedad fuerte y especial. Para prepararlo, salía al jardín y recolectaba menta fresca, violetas, pétalos de rosa y hierbas aromáticas. Los dejaba dentro del agua que llevaba la base del narguile. Alma se recostaba sobre el suelo, a la altura de la pipa que se apoyaba sobre la alfombra. De costado y con el codo en el tejido y la mano que sostenía su cabeza, miraba cómo las flores danzaban en el líquido, cada vez que los mayores aspiraban. Las hierbas se movían y contribuían a ese efecto opiáceo del tabaco. “Quien jamás ha fumado se marea”, advertía el abuelo. Y cuando Teter



no lo veía reforzaba el agua con una generosa dosis de coñac armenio. Algunos domingos le agregaban leche. El efecto era más bien óptico. La nube se volvía más blanca y todo parecía un poco más misterioso. Los malos recuerdos de la tierra ultrajada pasaban. Narguile, música, comida y danza. Podían navegar hacia otro lugar.

Karnig inhaló hondo. Tosió y liberó lento el humo. Le pasó la pipa a Sarkis. La nube de vapor dulce ascendió. Tomó la forma del aire. En pocos segundos, el lugar se transformó.

Cuando la coreografía cedió y los artistas tomaron un descanso, llegó el turno del café oriental. Teter lo preparó en uno de los *yesbe*, un tazón estañado de cobre con manija. Calculó una cucharadita de café molido fino por pocillo. Revolvió suave en frío. Lo llevó al fuego y esperó a que levantara el primer hervor. Retiró del fuego. Cuando el *surch* bajó, repitió la operación hasta que logró dos hervores más. Mientras la abuela servía, comenzaron las bromas e intrigas. Muchas veces, Alma había presenciado la lectura experta de Ani.

Jamás dejaba de sorprenderse con los vaticinios de la tía. El día de su cumpleaños, pidió a Ani que le interpretara la borra. Buscó la mirada de aprobación de Lusiné.

—Hija, una niña de ocho años no toma café.

—Por favor, mamá, quiero saber mi futuro —la enfrentó Alma. A Lusiné no le gustaban las “brujerías” de tía Ani.

—Preparo medio pocillo, bien azucarado, para mi nieta —sugirió Teter y colaboró así con Ani y Alma.

Lusiné enmudeció, aunque no lo aprobaba. Pero nadie se animaba a desautorizar a Teter. Mucho menos ante su colección de



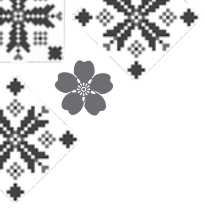
*yesbe*. Tenía por lo menos diez en el aparador. Desde los clásicos de cobre hasta los modernos de acero inoxidable y colores. Tomó el más pequeño, con manija de madera, especial para un solo pocillo. Lo había traído Ani de su viaje de bodas a Ereván.

Teter preparó el café para su nieta con una cucharadita de azúcar. Después de los tres amagues del hervor, lo retiró del fuego y sirvió tres cuartos de pocillo. Brillaron los ojos de la nieta. Probó un sorbo, sonrió y bebió otro más. Y otro. Ani pidió a su sobrina, como a todos los presentes, que apenas terminaran el pocillo, lo dieran vuelta boca a abajo, hacia sí mismos y por el lado por donde habían bebido. Ese giro era la forma de resguardar una correcta interpretación de los meandros no tan caprichosos que empezaban a dibujarse.

Ani arrancó la lectura por las tías, Mairam y Zevart. Una vez que completó un augurio de dinero y el horizonte con un viaje lejano, llegó el turno de Lusiné. Su cuñada buscó restarle importancia. Leer la borra no era algo que le interesase a una médica como la mamá de Alma. Lusiné había tardado en dar vuelta su taza. Aun así, se habían formado dos grandes casquetes densos de borra, separados por una línea. Ani no se quedó atrás. Interpretó un antes y un después en la vida de Lusiné. Un porvenir intenso que guardaba un gran futuro profesional. Era lo que su cuñada quería escuchar. Así funcionaba el show de la borra.

Por último, la tía destapó el pocillo de Alma. Demoró algunos segundos en silencio. Por fin, la hermana de Sarkis señaló con el dedo índice en alto unos senderos.

—Querida sobrina, estos meandros significan que deberás abrir y cerrar muchas puertas. A veces no será sencillo, otras te



resultarán más fáciles o claras. Pero tus emociones siempre te acompañarán. Serán tu tesoro y también tu muro. Toda esa base compacta y densa en el corazón de la taza, representa tu propio corazón. El corazón siempre será tu fuente, tu camino y tu manantial. Solo tienes que confiar en él y alimentarlo. Que funcione como guía y faro.

Ani hablaba pausado. Se notaba que cuidaba cada palabra. Alma lo tomó como un juego más. Lusiné no estuvo de acuerdo. Como su esposo Sarkis, también médico, no se detenían en supercherías. Trazaban una línea clara con esa parte de la tradición armenia. En su casa se hablaba de cultura e historia armenia. Pero no se leía la borra del café.

Los varones no participaban de tal ceremonia de mujeres. Teter tampoco. Mientras Ani leía los pocillos, la abuela seguía pasando con una bandeja y alardeando de sus destrezas. Primero ofreció *shambali*, una tarta a base de sémola muy humedecida con almíbar. Estaba cortada en rombos, cada uno decorado con una almendra tostada. Luego sirvió *paklava*, hecho de masa hojaldrada con relleno de nueces y canela. Y aparte el *kadaif* elaborado con requesón, cabellos de ángel dorados y crocantes bañados en almíbar. Ese líquido dulce y gelatinoso se escurría lento entre los dedos que terminaban pegoteados.

Se hicieron las seis. Lusiné trajo el pastel al reparo del calor. Sobre el glaseado había dibujado con colorante rosado una dama de ajedrez rodeada por ocho velitas. Dos peones, dos alfiles, dos torres y dos caballos. De pronto se apagaron las luces y todos cantaron feliz cumpleaños. Antes de soplar, Alma cerró los ojos. Apretó fuerte sus labios finos y el fuego iluminó sus pestañas



como serpentinatas. Los hoyuelos en remolino. La niña suspiró. Movi6 la boca sin emitir sonido. Con los dedos en alto hizo la mímica al contar: “Uno, dos y... ¡tres!”. Entonces sí, inspiró y liberó el aire en una bocanada. Estallaron los aplausos a oscuras. También los besos calurosos de la gente que quería y los besos de los parientes que no le gustaban a Alma porque le dejaban baba y la sostenían en un abrazo que duraba demasiado.

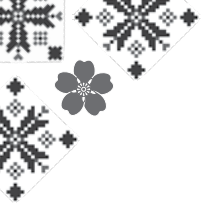
La hija de Sarkis y Lusiné amaba a sus abuelos, tíos y tíos abuelos, pero se preguntaba por qué todos tenían ese olor tan característico. Lo detectaba cuando la besaban. Era un aroma que no podía definir y que no existía en la casa de sus padres. Una mezcla de condimentos, alegrías, tristezas, secretos e historia familiar. Todo daba vueltas por el salón y cocina de Teter y Karnig.

La abuela encendió las luces. Karnig se acercó al centro de la mesa. Tomó una cuchara y dio tres pequeños golpes a su copa. El choque con el cristal pidió la atención inmediata. La platea se pronunció en un silencio.

—Vamos, abuelo, ¿qué pasa? —se inquietó Alma.

—Querida nieta, ahora que tienes ocho años, quiero contarles a todos que te anoté para el Gran Torneo Watertown de Ajedrez. Empieza en el salón de la Iglesia Surp Stepanos el próximo domingo.

Se produjo otro silencio. Ninguno de los invitados se atrevió a aplaudir o felicitar a Alma. Por las dudas, todas las miradas se dirigieron a los padres de la niña. Sarkis y Lusiné se escanearon entre ellos. Giraron la vista hacia Teter que, a su vez, escudriñó a su esposo. Karnig levantó los hombros en señal de despreocupación. Empezó a aplaudir. Todos lo imitaron.



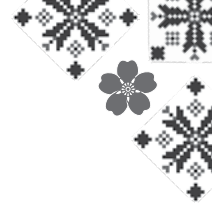
Después de la ovación, Ani entregó a Alma el regalo envuelto en papel de seda que crujía y con un moño rosa de cinta tornasolada. El envoltorio era la señal de que su tía había trabajado de modo artesanal. Todo aquello que le obsequiaban traía papel de regalo típico de los negocios, de papeles con la etiqueta de la marca. Los regalos envueltos por Ani, con el mismo papel de seda y la misma cinta tornasolada, eran autofabricados para Alma. Aun así, siempre le resultaban intrigantes. Como esta caja, grande y pesada. Ani le dio una señal:

–El papel de seda está para romperlo. Iniciar un ciclo.

Alma arrancó el envoltorio y su vida. Descubrió un ajedrez de ónix con tablero de madera. Su tía lo había traído desde Armenia.

El regalo de Lusiné y Sarkis salía de esa órbita del origen. Los padres de Alma eligieron una colección de lujo de manuales de biología. Se lo entregaron a continuación del ajedrez. El primer volumen abordaba la vida de los roedores: hámsteres y ardillas. Alma amaba esos animales. Zevart, su tía abuela, tenía un criadero de hámsteres y desde entonces no paraba de pedir una mascota en su casa. Teter la llevaba cada sábado a la tarde, cuando Karnig dormía la siesta. El paseo la fascinaba, aunque Teter no estuviera de acuerdo con el cautiverio de los roedores. En línea con su abuela, Lusiné y Sarkis se ocuparon de explicarle que todos los animales debían vivir libres, sin jaulas. Por eso buscaron el libro.

En la portada grande del volumen *Roedores* aparecían nueve fotos de los simpáticos animales. Comían flores en el campo o husmeaban, con su hocico y orejas levantadas, una manzana roja y otro, muy peludo y blanco, picoteaba un coco. Alma llevaría

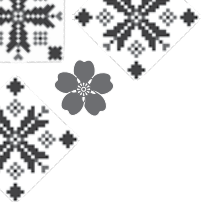


el manual a la escuela, aunque le diera pudor la dedicatoria de Sarkis.

*A mi querida hija Alma,  
con todo el cariño por su cumpleaños,  
por ser la alumna que va a arriar la bandera.  
Papá y Mamá  
24 de abril, 1983*

Ese domingo, cuando Alma se durmió, Lusiné y Sarkis conversaron acerca de “la jugada” de Karnig. Conocían la historia del abuelo y, aunque no hablaran de aquello en su hogar, intuían la necesidad de que su nieta encarnara su lucha con la historia, el Genocidio y las heridas abiertas a través del ajedrez.

Confiaban en Karnig, pero atenderían sus movimientos. Cuidarían las rutinas que estableciera con Alma en el juego para que no se volviera una obsesión, y más ahora que la había anotado en este torneo. No querían crearle a su hija exigencias ni presiones. No en ese campo. Querían que Alma siguiera una carrera universitaria. El ajedrez era solo un juego. No podían estar más de acuerdo Lusiné y Sarkis. Por el momento, acordaron vigilar a Karnig, sin cortar la ilusión del abuelo ni la nieta. Admitían, sin embargo, que no podían pedirle mucho más a Teter y a Karnig. Alma pasaba con ellos todos los fines de semana. De esta forma, Lusiné y Sarkis podían cumplir las guardias de veinticuatro horas en Emergencias del Hospital General de Boston, donde se habían conocido y trabajaban desde residentes.



El viernes siguiente, como todos los fines de semana, Alma durmió en la casa de sus abuelos. Cenaron *leshmeyun*, esa pizzeta con relleno de carne molida, tomate y condimentos. Teter le ponía ajo. Todo cambiaba. Alma imitó el movimiento de los abuelos. Regó el *leshmeyun* con generoso jugo de limón y luego plegó la circunferencia, con el relleno hacia adentro, de manera que quedó como una empanadilla. La devoró con las manos, como ellos. De postre, granada, símbolo de Armenia. Teter trajo la fruta ya cortada en una fuente. Esos pequeños granitos o gotas rubí que la componían eran una belleza.

—Mañana será un gran día —auguró Karnig. Y Teter acompañó a Alma a la cama.

Cumplieron todas sus rutinas y el sábado por la mañana, después del desayuno, Alma jugó un partido liviano con Karnig. Luego del almuerzo y la rigurosa siesta del abuelo, antes de las cinco de la tarde, la dupla ya estaba lista nuevamente. El tío abuelo Ashod los llevó hasta el salón de Surp Stepanos. Alma se sentía tranquila. El abuelo, no. Con todos los tableros armados, los recibieron con gran entusiasmo. Juntos buscaron el nombre de Alma en la entrada del salón y las partidas que debía encarar en la categoría de ocho a once años.

Durante la primera ronda, Karnig se ubicó detrás de su nieta. Alma llevaba las piezas negras contra un chico de su misma edad. El abuelo no abrió la boca. Los pequeños contrincantes estrecharon manos e hicieron sus primeros movimientos. Alma ganó sin dificultad y se sintió confiada para la siguiente ronda.





A medida que ganaba, cada vez más espectadores se acercaban a presenciar las partidas de la nieta de Karnig.

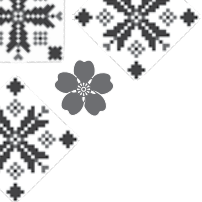
Alma avanzaba segura de su fuerza de juego. Eso la serenaba y al mismo tiempo la motivaba. Alguna vez, con una posición muy ventajosa, quiso florear una pirueta, algún jaque mate bonito o una secuencia geométrica. Pero entonces asomaba Karnig, siempre en guardia, para que no desvariara su juego.

Ya hacia el final del torneo, los niños y adultos se saludaron. Y por los pasillos de Surp Stepanos se expandían como el eco los comentarios sobre las jugadas de Alma.

Karnig volvió feliz esa noche. Alma también. Le gustaba reunirse en el salón de la iglesia y encontrarse con otros chicos de su edad. Ahí no le pesaba ser hija única. Además de entretenerla, jugar le permitía conocer gente. En ocasiones, esto la llevaba a preguntarse por qué no había tenido un hermanito. Sabía que a sus padres esa idea no les gustaba. Pero jamás daban una explicación. ¿Por qué Lusiné y Sarkis no habían querido ser otra vez padres si Teter y Karnig habían tenido dos hijos, e incluso ellos venían de familias numerosas? Era la forma de mantener vivo a su pueblo. Al menos eso le contaba Teter antes de irse a dormir.



En Surp Stepanos, con cada torneo y temporada, Alma amplió su círculo de amistades dentro del ajedrez. La niña vapuleaba a todos, también a los mayores. Provocaba ira, por su corta edad y por ser mujer.



En los torneos de la iglesia, compartía algo más que en el colegio. Se conectaba con una fase lúdica que despertaba su corazón de hija única por más que el tablero y los escaques se trataran de “pura lógica y razonamiento”, como avisaba Karnig.

El tironeo entre el ajedrez y la vida escolar existía. Sarkis y Lusiné apuntaban a su hija con un futuro profesional de científica y su abuelo soñaba con los tableros. Alma trataba de hacer bien todo. Brillaba en las nuevas rondas de ajedrez por el barrio con Karnig, pero también se desempeñaba como muy buena alumna en el colegio. Amaba geografía, física y matemática. Guiada por papá y mamá, cuando terminó la primaria, se anotó para seguir la orientación de Ciencias Naturales. Mientras tanto, Karnig acumulaba los trofeos de su nieta en una vitrina en su taller. Una luz especial iluminaba las copas y medallas desde adentro del mueble con puertas de cristal.

Cada temporada, la vitrina de Karnig se llenaba de más trofeos. La nieta refinaba cada vez más su juego y lo reforzaba leyendo la colección de artículos que guardaba Karnig.

El ritual de prepararse para cada competencia, mantenerse concentrada, la hacía sentir muy ligada al abuelo, aunque ninguno lo expresara. Habían naturalizado la rutina. También ganar. Alma seguía los pasos de Karnig, aunque Lusiné y Sarkis no se mostraban muy de acuerdo. Para ellos, mientras su hija eligiera una carrera universitaria, se aseguraría un futuro. En cambio, si emprendía la ruta marcada por Karnig, podría terminar como Bobby Fisher.

A esas alturas, Alma ya vencía con facilidad al abuelo, incluso



muchas veces con las mismas armas que él le había enseñado. Para Karnig, ella era todo orgullo, aun derrotado en el tablero.



El otoño latía en cada arce rojo y amarillo de Watertown, en cada semilla, en cada célula, en cada violeta del jardín de Teter, pero también al otro lado del globo. En Armenia, con sus árboles de granada; en el mundo entero y en otras galaxias. Alma tenía fascinación por la biología y la astronomía. En las noches despejadas, cuando todos se iban a dormir y la casa quedaba a oscuras, salía descalza al jardín. Con el camisón puesto, se tumbaba boca arriba en la hierba. El cabello largo y suelto formaba una semicircunferencia alrededor del rostro pálido que se reflejaba como la luna. Si corría una brisa podía sentir el aroma de los tilos de la calle. Y hasta veía chispear las luciérnagas, ese instante donde la vida era fosforescente. También encontraba misterio en las estrellas. Si el cielo brillaba despejado, lo miraba fijo hasta descubrir una estrella fugaz. O el planeta Marte que titilaba en rojo. O la luna que jugaba con sus rizos y fases plateadas. El universo nacía, cada noche, maravilloso. Alma posaba sus ojos verdes en esas sombras. Imaginaba que descubriría a alguien caminando por la Luna. Sabía que era un pensamiento ridículo o improbable. No le importaba. Quería creer. Una parte de su corazón nada veía imposible. Divagar en esa otra dimensión, la suya, le daba felicidad.

Sin embargo, ese estado de viaje hacia la felicidad se quebraba cuando escuchaba el ruido de la ventana que chillaba al abrirse.



Karnig se había levantado, estaba otra vez releendo sus cartas amarillas, se asomaba y le ordenaba que volviera a la cama.



WATERTOWN, 1987

Con doce años, Alma había clasificado como finalista en un torneo válido para el Elo internacional. Karnig la acompañaba entusiasmado mientras que se acrecentaba en los inmigrantes de origen armenio ese fervor, tan político como ajedrecístico, ante el eterno duelo entre Anatoly Karpov y Garry Kasparov. Incluso la idolatría del abuelo por Kasparov había logrado destronar a Petrosian como su primer ídolo.

Ese invierno, Karnig tosía mucho y hasta último momento había dudado en acompañar a su nieta al campeonato de Massachusetts. Se sentía más cansado y sin aire. Alma se impuso con facilidad en la primera ronda. Al mismo tiempo, Karnig comenzó a tener fiebre. Aun así, no quiso regresar a su casa, a pesar de la insistencia de Teter, Ani y su esposo. Pero sobre todo de Lusiné y Sarkis, quienes le aconsejaron que se retirara a descansar. Karnig, terco, se presentó en la segunda ronda. “Nadie me lo va a impedir”, se impuso. Ninguna fiebre le haría perder el torneo más importante que jugaba su nieta.

El abuelo desmejoraba con los minutos y Teter lo vigilaba de cerca. Apretaba su pañuelo blanco mientras todos seguían con nervios a él y a cada jugada de Alma.

Con un poco de astucia y de suerte, Alma logró quedar entre



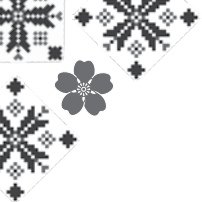
los primeros tableros. Y un error grave del rival en la última partida, le dio un pase milagroso a la final en la mesa uno.

El momento definitorio llegó contra Tim Mayors, un reconocido difusor del juego y Maestro Internacional de Ajedrez. Karnig sudaba frío. Por primera vez su nieta enfrentaba a un jugador titulado.

Alma abrió con su peón a "r4", como siempre, y Mayors, con una sonrisa casi imperceptible, movió el suyo a "cd3". Se trataba de una jugada marginal, pero de alguna manera pensaba que una variante secundaria alcanzaba para vencer a Alma porque, no solo era mujer, sino que tenía un Elo muy inferior al suyo y además había contado con mucha colaboración de sus rivales para llegar a la cúspide del torneo.

La pequeña jugadora ocupó y consolidó rápidamente el centro y Mayors se replegaba en las primeras tres filas. Esperaba la posibilidad para un contraataque oportuno que le diera fuerza a sus piezas. El maestro estadounidense jugaba rápido, por lo general apretaba el reloj, anotaba su jugada y se levantaba. Karnig lo veía conversar en forma animada con otros jugadores mientras su nieta, con las manos envueltas en su cabeza, lucía como un monumento a la concentración. Sin embargo, a medida que se desarrollaba la partida, el público percibía que la cosa empezaba a complicarse para Mayors. Se lo notaba menos sonriente. Se levantaba pocas veces y tardaba más tiempo para completar sus jugadas.

Hacia el medio juego una maniobra precisa de Alma lo dejó suspendido con el bolígrafo en la mano unos segundos. La niña se desenvolvía con autoridad. Aprovechaba al máximo



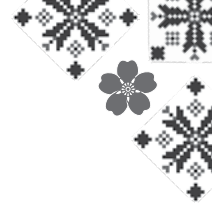
la ventaja de espacio y la iniciativa. El maestro, con sus piezas apelmazadas y entorpeciéndose entre sí, intentó una maniobra liberadora que le costó dos peones, sin lograr mejorar demasiado su posición. Alma sacrificó astutamente uno de esos dos peones para empezar un ataque al rey enemigo.

Una gota de sudor se dibujó en la frente de Mayors. Ahora Alma era quien se levantaba de su silla y caminaba, en silencio, por la sala. Un semicírculo de curiosos seguía con intensidad la partida. El experimentado maestro propuso una simplificación para aliviar la presión. Pero su decisión generó un final ganador para las blancas. Unas jugadas después, parecía claro que la ventaja resultaba decisiva para Alma. Tenía delante a una ganadora.

Mayors estrechó por fin la mano en señal de rendición y el salón se vino abajo en aplausos. Lusiné y Sarkis no pudieron evitar el llanto. Teter apretaba el pañuelo blanco que guardaba en el bolsillo. Lo arrimó al vértice de sus ojos para contener una lágrima.

Cuando la nieta bajó de la tarima, corrió a abrazar al abuelo. Karnig temblaba sudoroso. La miró y se desplomó en el suelo. La felicidad de Alma se evaporó con él. Teter se quedó con ella mientras Sarkis, ofuscado y dolido, llamaba a la ambulancia. Un maremoto de luces, gritos, médicos y paramédicos desplegó infinidad de maniobras mientras subían a Karnig a la camilla rumbo al Hospital General.

Pasaron unas horas hasta que lograron estabilizarlo. Quedó en la unidad de cuidados intensivos. Lo sometieron a una batería de estudios que se demoraron un par de días. El diagnóstico



de neumonía no sorprendió a Sarkis. Por la edad de su padre y los antecedentes de diabetes, entendió, tal como se lo explicó el médico de piso, que el estado de Karnig guardaba mucha seriedad y pronóstico reservado.

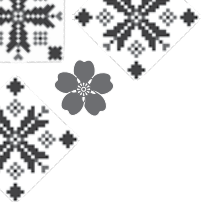
Alma lo visitaba todos los días. El abuelo todo cableado, conectado al suero y con la vía de oxígeno que entraba por los orificios enormes de su nariz, le sonreía. En una semana, había envejecido una década. Había perdido más de la mitad de su peso y los pómulos saltaban como rocas en el desierto de su rostro amarillo. Teter no dejaba de apretar su pañuelo blanco. Como si en ese retazo de tela pudiera atajar todas sus penas. Pasaba día y noche en una silla junto a su inseparable y rabioso Karnig.

Al siguiente domingo, cuando Alma pidió ir a verlo, Lusiné y Sarkis se mostraron muy serios. Le llamó la atención que Teter llegara a su apartamento de Boston y no estuviera en el hospital. Ese cambio de rutina la alertó.

—¿Dónde está el abuelo? —preguntó inquieta.

Quiso negar una respuesta que intuía. Los rostros de sus padres y de la abuela se ensombrecieron. En ese instante, Alma recordó la explicación de Ani cuando le había leído la borra del café en su cumpleaños número ocho: “Alma, en tu vida tendrás que abrir y cerrar muchas puertas. Ese corazón, ese manantial denso y poblado que guardas en tu pecho, será tu fuente y tu muro. Tu faro a seguir, aun en los momentos difíciles. Solo tienes que verlo y conectar con él”. Todavía le sonaban extrañas las palabras de Ani, pero no pudo evitar traerlas a la mente. Sus padres le contaron que Karnig la miraba desde una estrella.

El primer domingo, al cumplirse un mes del ocaso, Teter



recibió a la familia para el tradicional almuerzo *madag*, para recordar a los que se van. Con la ayuda de sus concuñadas y cuñados cocinaron el cordero. Tuvieron dos semanas al animal que correteaba en el fondo del jardín. Lo alimentaron día tras día. Hagop, el hermano mayor de Karnig, se había encargado de conseguirlo. Le daba los restos de cada plato, de cada jornada, para que engordara. Así la carne estaría más sabrosa. Un día antes del *madag*, Hagop y Ashod dieron muerte al cordero en una maniobra brusca en la que solo participaron los varones de la familia. Como manda la tradición, le sacaron el cuero, le limpiaron las vísceras y lo colgaron en el patio justo donde empezaba el jardín para que la sangre se escurriera y fluyera con todo lo malo hacia el centro de la Tierra.

Teter preparó el adobo con bastante condimento y ajo, y también el guiso de carne molida y arroz con que rellenaron el cordero. El domingo temprano lo asaron sobre el fuego directo. El vapor y el aroma del animal, más el arroz pilaf que Teter preparó como guarnición, inundaron otra vez no solo la casa sino los comedores vecinos. Ella y sus concuñadas separaron la mitad del cordero y lo pusieron en recipientes limpios y cerrados para entregarlos como donación en el Hospital General: es la parte de la ofrenda que debe guardar esta ceremonia, para cuidar los espíritus de quienes parten y guiar a las almas de quienes lo despiden.

Resultó extraño el momento en que todos se sentaron a la mesa tendida en el patio sobre los clásicos caballetes. Nadie quiso ubicarse en la cabecera, donde lo hacía Karnig. Teter retorció su pañuelo blanco, bien oculto en el bolsillo. Llevó el mentón hacia abajo y hacia el pecho. Después levantó su mirada



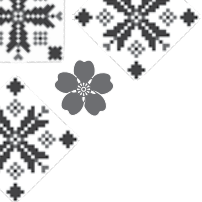


de cristal y pidió a cada uno que le pasara su plato. Sirvió una porción generosa a cada familiar.

Durante el café, Ashod hizo sonar suave su *dhol*. Con cada golpe, liberaba una gota de ausencia y de dolor. Los dulces colaboraron para que la tarde transcurriera menos triste. Teter llamó a su habitación a Alma. Revolvió la gaveta de la cómoda de madera. Su rodete blanco se reflejaba en el tríptico apoyado sobre el mármol rosado. Teter al fin encontró lo que buscaba. Sostuvo en alto un paquete pesado, del tamaño de un cuaderno. Extendió sus brazos delgados hacia Alma.

—Quiero que lo conserves y escribas en él. Este diario, querida nieta, es para que puedas anotar todo lo que sientas, en el corazón y en el cuerpo. Aun aquello que te guardas para siempre. Tus pensamientos y secretos. No dudes, *jan*. Pero recuerda siempre mirar hacia adelante. Nunca hacia atrás.

Teter apretó el pañuelo y Alma vació sus ojos por la ventana para no poner en evidencia la emoción de la abuela. La abrazó fuerte y en silencio. Cuando se soltaron, se miraron a los ojos. Alma llevó el diario al pecho. Tenía tapas doradas, las hojas color crema con renglones y en la portada, uno de los mosaicos más bellos del mundo: *La chica gitana*. Las formas delicadas componían un rostro perfecto y enigmático, una pieza arqueológica hallada en las cercanías de Aintab, el pueblo de Teter y Karnig. Para ser exactos, en la ciudad de Zeugma, fundada por Alejandro Magno hacía dos mil trescientos años. A orillas del río Éufrates, gran parte de Zeugma había desaparecido bajo el agua cuando en la zona se construyó un dique. Un tiempo atrás los arqueólogos descubrieron un conjunto de casas adornadas



con estos murales. Perteneían a la época en que estos suelos eran parte de los confines del Imperio Romano, antes de la llegada del Imperio Otomano. En estas casas los ricos recibían a las visitas con comidas y bailes. Las imágenes reflejan las musas que los inspiraban. El mosaico de Zeugma, con este rostro tan particular de *La chica gitana*, se convirtió en símbolo de Aintab, aunque ahora todos los carteles de la ciudad dijeran Gaziantab. Aunque los turcos hubieran echado y masacrado a los armenios. Aunque hubieran cortado las cruces de sus iglesias para convertirlas en mezquitas. Y aunque ahora las guías turísticas de Turquía jamás mencionaran el Genocidio.

Ani había traído el cuaderno de Zeugma. Teter nunca estuvo de acuerdo con que su hija pisara Turquía. A pesar de sus íntimas contradicciones, había quedado tan impactada por la belleza de estas imágenes, que aceptó quedárselo y esperar el momento indicado para entregar el diario a Alma. Con los doce años de su nieta, y la muerte de Karnig, ese día había llegado.

—*Jan*, te pareces a esta niña mujer, la chica gitana de Zeugma. La misma melena y nariz recta. Los ojos en forma almendrada. Recuerda siempre tus orígenes. Pero también siempre mirar hacia delante. Luchar por tu destino. Hacerlo con tus manos —insistió Teter.

Alma sostuvo el diario junto a su pecho, como si esas páginas aún por escribir, pertenecieran a su corazón desde siempre. Como si esa mujer, compuesta por miles de pequeños mosaicos, quisiera contarle algo. Separadas, significaban nada. Unidas, podían ser todo. Su camino. Sus abuelos. Sus heridas. Los secretos familiares. Sus venas cargadas de historia. Su Alma.



## CAPÍTULO TRES

# MARIPOSAS EN EL VIENTRE

BOSTON, 2012

**E**l nuevo fotógrafo del Boston Times entró a la redacción con un andar sigiloso. Alma lo vio avanzar entre los escritorios. Un remolino agitó su vientre. Podía reconocer ese estímulo.

—¡Alma, Alma! ¿Quién es Alma? —preguntaba el reportero a viva voz. Sostenía un papel en la mano.

La editora se hundió un poco más en la silla. Intentó esconderse tras el monitor de su computadora. Acababa de titular la nota del día, un panorama para recorrer las mejores muestras de arte en la ciudad. Mientras le daba clic para que se publicara en la web, se preguntó quién sería semejante espectáculo: rostro de esfinge, espalda triangular y bíceps tallados. Consideró a ese desconocido un asunto mucho más interesante que las discusiones en medio del cierre y el hervidero de la redacción.